

OLMEDO Y MARURI, JOSÉ JOAQUÍN (1780-1847)

*SELECCIÓN DE POESÍAS*

ÍNDICE

EPITALAMIO

A UNA AMIGA

A UN AMIGO

DÉCIMAS

A MI MAGDALENITA

MI RETRATO

AL RETRATO DE UN CUPIDO DADO POR NISE

A NISE, DÁNDOSE A LA VELA

EN LA MUERTE

HIMNO A DIANA

DEDICATORIA

LA PALOMITA

EL ÁRBOL

PARODIA ÉPICA

A UN AMIGO

CANCIÓN

CANCIÓN AL NUEVE DE OCTUBRE

ENSAYO SOBRE EL HOMBRE

Epístola primera

Epístola segunda

Epístola tercera

A SU ESPOSA

AL GENERAL FLORES

UN SUEÑO

ORACIÓN DE LA INFANCIA

HIMNO PARA LA NOCHE

HIMNO AL NUEVE DE OCTUBRE

EN LA MUERTE DE MI HERMANA

A ELIZA

CANCIÓN

A LAS TRES GRACIAS

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA GRIMANESA ALTHAUS

AL GENERAL LAMAR

## EPITALAMIO

(Que cantó en las bodas del señor conde del Villar de Fuente con la señora Pando, José Joaquín de Olmedo. Museo, Año de 1802)

Ven Himeneo, ven Himeneo.

Un feliz joven  
ya dobla el cuello  
al dulce yugo  
de un amor tierno;  
ya en sus altares  
quema el incienso,  
y ardientemente  
clamar le veo:

Ven Himeneo, ven Himeneo.

Todos se rinden  
hoy a tu imperio,  
y alegres viven  
con ser tus siervos.  
Sin ti los prados  
quedaran secos,  
ni correrían  
los arroyuelos,  
ni regalaran  
al fácil viento  
las tiernas aves  
con su gorjeo:

Ven Himeneo, ven Himeneo.

La virgen tierna,  
fijos al suelo  
tiene los ojos,  
los ojos bellos;  
teme y desea,  
mas bajo el velo  
de la modestia,  
tiene encubierto  
el fuego dulce  
de su deseo.

Ven Himeneo, ven Himeneo.

De Amores, Gracias,

y de tus Genios,  
rodeado baja  
del alto cielo;  
ven, dios amable,  
hijo de Venus,  
da a los amantes  
tu dulce beso;  
sin ti, amor fuera  
criminal fuego,  
ni hubiera casto  
puro recreo.

Ven Himeneo, ven Himeneo.

Así cantaba lleno de alegría  
un coro de pastores;  
y un coro de pastoras respondía:  
En un hermoso prado,  
donde la rica Flora  
sus primores y galas atesora,  
un bello altar yo miro consagrado  
al dios de los amores  
y al venturoso y plácido Himeneo.

El altar coronado  
aparece de flores;  
y las Ninfas y Gracias hechiceras,  
de las más olorosas,  
dos guirnaldas hermosas  
componen placenteras.

¡Mil veces venturosas  
las sienes delicadas  
a las cuales un premio tan sagrado  
el cielo en su bondad ha destinado!

Luego la compañía  
ya el santo altar rodea,  
ya por el verde prado se pasea.  
Los pastores decían:  
Ven Himeneo, ven; ven Himeneo,  
y las tiernas pastoras repetían:  
Ven Himeneo, ven; ven Himeneo.

¡Qué dulce alternativa!,  
¡qué bella perspectiva!,

¡qué tocante espectáculo, formado  
al placer de los ojos y del alma!

Ya las voces sonoras  
se esparcen, se dilatan  
en las alas del viento voladoras.  
Al plácido ruido  
de esta voz delicada,  
parece recibir vida y sentido  
aun la naturaleza inanimada,  
pues a su voz los montes repetían:  
Ven Himeneo, ven; ven Himeneo,  
Fácil el dios desciende rodeado  
de sus Genios parciales,  
que anuncian a lo lejos su venida;  
con su tea encendida  
vienen mil cupiditos retozando  
y festivos cantando  
dulces himnos, canciones celestiales.  
Llegaron al altar, y los zagales  
con ardiente porfía  
se alegran, como nunca se alegraron;  
así cual suele siempre bulliciosa  
la república libre de las aves  
esforzar más los cánticos süaves  
cuando aparece el día,  
y el fiel esposo de la tierna aurora  
con su llama benigna y apacible  
las altas cumbres de los montes dora.

Toma el dios las guirnaldas en la mano.  
Todos, todos callaron,  
y esperaban ansiosos  
que llegasen los jóvenes dichosos.  
Llegan, y la decente compostura,  
los pasos majestuosos,  
la modesta hermosura  
y ese ánimo tranquilo,  
sin embargo de que arde y de que anhela,  
están diciendo, sin querer decirlo:  
Éste González es, ésta es Manuela.

La plácida alegría  
se deja ver del dios en la ancha frente;  
y a la joven esposa  
la corona de rosa,

y otra corona igual pone al esposo.  
Aquí es más fervoroso  
el cántico del coro enardecido,  
que en dos alas hermosas dividido,  
con plácidos transportes de alegría,  
el dulce y grato nombre  
de Manuela y González repetía.

La sonrosada virgen inocente  
aparece vestida  
de un ropaje talar, cuya blancura  
la fe sincera y pura  
del tierno corazón está indicando,  
y entre el amor, el gozo  
y el pudor vacilando,  
ya se acerca al altar como temblando.  
Se le anuda la voz, cuando procura  
pronunciar el solemne juramento;  
solamente su amor en ese instante  
lo descubre su seno palpitante;  
su seno, pues sus ojos hechiceros,  
cual lánguidos luceros  
inmóviles se fijan en la tierra.

Luego el esposo amante  
mira a la esposa amada  
con ternura indecible... ¡oh, qué mirada!  
y un largo y mudo abrazo  
es el sagrado lazo  
con que estrecha Himeneo  
tan sensibles, tan tiernos corazones,  
enlazada felice,  
y alma Fecundidad la unión bendice.

#### A UNA AMIGA

Arroyo cristalino,  
que con susurro blando  
vas del monte a la selva  
y de la selva al prado;

travieso cefirillo,  
que con tu aliento grato  
mueves hojas y flores

que son gala del campo;

parleras avecillas,  
que en trinos regalados,  
cuando el sol nace o muere,  
llenáis el aire vago;

y cuando vive y crece  
en este suelo bajo,  
y cuanto se remonta  
hasta el cielo estrellado;

todo cuanto florece  
en los valles y prados,  
y aun las bestias feroces  
que son del monte espanto;

todos conmigo unidos  
en coros acordados,  
celebremos el día  
de la que hace mi encanto.

## A UN AMIGO

¿Por qué ha dado tu lira  
tan áspero sonido,  
tu lira que cantaba  
de Filis el favor y los hechizos?

¿Acaso murió Filis,  
su amor era fingido,  
o el almo desengaño  
bajó del cielo a darte sus avisos?

¿Tu juventud se huyera,  
las canas te han salido,  
o ya la triste ruga  
en tu frente tortuosos surcos hizo?

¡Ay no!... pues la edad pasa  
más presta que un navío  
con viento favorable,  
más que el dardo del arco desprendido.

¿Qué a la vejez te espera  
de tedios y suspiros,  
insensible a la fuerza  
ya de los ojos negros y del vino?

En lugar de las rosas  
de que antes te has ceñido,  
verás la sien cercada  
de lirio melancólico y marchito.

Todo se irá, dejando  
mil recuerdos sombríos;  
la ocasión, pues, no dejes,  
sorprende la ocasión, ¡qué haces, amigo!

El tiempo te convida  
a navegar: propicio  
está el viento, y el cielo  
sereno está, y el vasto mar tranquilo.

Navega, pues, que en breve  
todo será peligros,  
se deshará la nave  
y se alzarán violentos torbellinos;

o en enfadosa calma,  
si no tienes peligros,  
no verás los jardines  
hechiceros de Pafos y de Gnido.

Vuelva a dar, pues, tu lira  
delicado sonido,  
e inflámense con ellos  
las tímidas doncellas y los niños.

Mira que presto vuelan  
placeres fugitivos,  
tiende, tiende las redes,  
ninguno escape el lazo ya tendido.

Si no tienes objetos  
del dulce verso dignos,  
ven a este fértil pueblo,  
hallarás mil Elenas y Calipsos;

o bien todas las Gracias,

los Amores unidos  
en los ojos de Nise,  
de mi amor, de mi bien, del dueño mío.

Los verás, y pasmado  
los amarás conmigo,  
cantarás cual solías  
en tiempo más feliz, de amor herido.

Sí, cantarás sus ojos,  
causa de mis delirios,  
negros, grandes, rasgados,  
de enroscadas pestañas defendidos.

Sus ojos celestiales,  
ya lánguidos, ya vivos,  
ya fijos, ya vagantes  
y en su modestia misma tan lascivos.

## DÉCIMAS

Para templar el calor  
de la estación y la edad,  
me abandonas sin piedad,  
mi hechizo, mi único amor.  
Te engañas, porque el ardor  
de un alma fina y constante,  
si está de su bien distante,  
crece en el agua, en la nieve,  
y sólo templarse debe  
en el seno de un amante.

Ven, pues, dulce amiga, luego,  
que tú eres la sola fuente  
que puede mi sed ardiente  
saciar, y templar mi fuego.  
En vano buscaré ciego  
más gracia, más perfección,  
otro afecto, otra pasión,  
porque tus ojos divinos  
solos saben los caminos  
que van a mi corazón.

## A MI MAGDALENITA

Mi juguetona Musa,  
aunque con torpe lira,  
por esta vez pretende  
consagrarte su voz, Magdalenita.

No examines si es dulce,  
si es bella mi poesía,  
atiende solamente  
al afecto sincero que la dicta.

Pero en este momento  
la memoria se aviva  
de que estás tanto tiempo  
del hermano que te ama, dividida.

Y este triste recuerdo  
todo placer me quita,  
y funestas ideas  
sólo ofrece a mi triste fantasía.

Tinieblas me parece  
la amable luz del día,  
y me son hasta odiosas  
las cosas que los otros ven y admiran.

Pero importa muy poco,  
amable hermana mía,  
que estemos separados,  
estando nuestras almas tan unidas.

Ellas siempre atraviesan  
la distancia infinita  
que nos separa; se unen,  
dulcemente conversan y se miran.

Se prestan mutuamente  
las promesas más finas;  
y un genio, un modo mismo  
de pensar y de obrar, la unión confirma.

Alguna vez las dudas  
perturban nuestra dicha,

pero a pocos instantes  
como ligeras nubes se disipan.

¡Felices los que así aman!  
Así Magdalenita  
será con José, siempre  
del amor fraternal imagen viva.

Mi corazón es tuyo,  
mis afectos, mi vida;  
pero todo esto es menos  
de lo que tú mereces todavía.

Mis tiernas expresiones  
reparte en la familia,  
adiós. Tu amante hermano.  
Octubre veintiséis, escrita en Lima.

## MI RETRATO

(A mi hermana Magdalena)

¡Qué dignos son de risa  
esos hombres soberbios,  
que piensan perpetuarse  
pintándose en los lienzos!  
De blasones ilustres  
sus cuadros están llenos,  
de insignias y de libros  
y pomposos letreros.

De este modo ellos piensan  
que sus retratos viejos  
serán un gran tesoro  
a sus hijos y nietos,  
y que todos los hombres  
del siglo venidero  
su arrugada figura  
mirarán con respeto.

¡Oh, cómo se disipan  
esas torres de viento!  
Tú alguna vez me viste  
reírme de mi abuelo  
con su blonda peluca

y sus narices menos.  
Si los hombres se olvidan  
aun de los hombres muertos,  
¿qué no harán, hermanita,  
qué no harán con los lienzos?  
En rincones oscuros,  
de vil polvo cubiertos,  
aun los hombres más grandes  
duermen un sueño eterno.

Permíteme que piense  
de un modo muy diverso:  
otros, enhorabuena,  
quieran hacerse eternos  
por sus grandes hazañas,  
por sus grandes talentos;  
pero yo ¡vida mía!  
más mérito no tengo  
que ser hermano tuyo,  
pues lo demás es menos

Y como el hombre sabio,  
filósofo y modesto  
con la vida presente  
sólo vive contento,  
deja que en cuanto pueda  
imite estos ejemplos,  
pues el sabio en sus obras  
nos deja su diseño.

Así no me interesa  
que tuviesen Homero,  
Virgilio, Horacio, Ovidio,  
buen rostro o rostro feo:  
instrúyanme sus obras,  
deléitenme sus versos;  
lo demás, ¡amor mío!  
no merece un deseo.

Deja que quieto viva  
en el presente tiempo,  
pues el tiempo futuro,  
ya no estaré muy lejos,  
insensible al aplauso,  
insensible al concepto  
que de mí formar quieran

los sabios y los necios.

Gózate que no tenga  
esos vanos deseos;  
deja que sin desquite  
en mis alegres versos,  
muy ufano me ría  
de esos hombres soberbios  
que piensan perpetuarse  
pintándose en los lienzos.

¡Cuán duro es retratarse,  
y más cuando uno es feo!,  
por ti hago el sacrificio.  
Lo mandas; te obedezco.  
El pintor soy yo mismo;  
venga, venga un espejo  
que fielmente me diga  
mis gracias y defectos.

Ya está aquí: no tan malo;  
yo me juzgué más feo,  
y que al verme soltara  
los pinceles de miedo.  
Pues ya no desconfío  
de darte algún contento,  
y más cuando me quieres,  
y yo me lo merezco.

Imagínate, hermana,  
un joven, cuyo cuerpo  
tiene de alto dos varas,  
si les quitas un dedo.  
Mi cabello no es rubio,  
pero tampoco es negro,  
ni como cerda liso,  
ni como pasa crespo.  
La frente es espaciosa,  
como hombre de provecho;  
ni estirada, arrugada,  
ni adusta mucho menos.

Las cejas bien pobladas  
y algo oscuro su pelo,  
y debajo unos ojos  
que es lo mejor que tengo:

ni muy grandes, ni chicos,  
ni azules, ni muy negros,  
ni alegres, ni dormidos,  
ni vivos, ni muy muertos.

Son grandes las narices,  
y a mucho honor lo tengo,  
pues narigones siempre  
los hombres grandes fueron:  
el célebre Virgilio,  
el inmortal Homero,  
el amoroso Ovidio,  
mi amigo y mi maestro.

La boca no es pequeña,  
ni muy grande en extremo;  
el labio no es delgado,  
ni pálido, o de fuego.  
Los dientes son muy blancos,  
cavales y parejos,  
y de todo me río  
para que puedan verlos.

La barba es algo aguda,  
pero con poco pelo:  
me alegro, que eso menos  
tendré de caballero.  
Sobre todo, el conjunto  
algo tosco lo creo:  
el color no es muy blanco,  
pero tampoco es prieto.

Menudas, pero muchas  
cacarañitas tengo,  
pues que nunca faltaron  
sus estrellas al cielo.  
Mas por todo mi rostro  
vaga un aire modesto,  
cual transparente velo  
que encubre mis defectos.

Hermana, ésta es mi cara:  
¿qué tal?, ¿te ha dado miedo?  
Pues aguarda, que paso  
a pintarte mi cuerpo.  
No es largo, ni encogido,

ni gordo mi pescuezo:  
tengo algo anchos los hombros  
y no muy alto el pecho.  
Yo no soy corcobado  
mas tampoco muy tieso;  
aire de petimetre  
ni tengo ni lo quiero.

La pierna no es delgada,  
el muslo no es muy grueso,  
y el pie que Dios me ha dado  
no es grande ni pequeño.  
El vestido que gasto  
debe siempre ser negro,  
que, ausente de ti, sólo,  
de luto vestir debo.

Una banda celeste  
me cruza por el pecho,  
que suele ser insignia  
de honor en mi colegio.  
Ya miras cómo en todo  
disto de los extremos;  
pues lo mismo, lo mismo  
es el alma que tengo.

En vicios, en virtudes,  
pasiones y talentos,  
en todo ¡vida mía!  
en todo guardo un medio:  
sólo, sólo en amarte  
me voy hasta el extremo.  
Mi trato y mis modales  
van a par con mi genio:  
blandos, dulces, sin arte  
lo mismo que mis versos.

Este es, pues, mi retrato,  
el cual queda perfecto,  
si una corona en torno  
de su frente ponemos,  
de rosas enlazadas  
al mirto y laurel tierno,  
que el Amor y las Musas  
alegres me ciñeron.  
Y siéntame a la orilla

de un plácido arroyuelo,  
a la sombra de un árbol,  
floridos campos viendo;  
y en un rincón del cuadro  
tirados en el suelo,  
el sombrero, la banda,  
las borlas y el capelo.

Me pondrán en el hombro  
con mil lascivos juegos  
la amorosa paloma  
que me ha ofrecido Venus.  
Junto a mí, pocos libros,  
muy pocos, pero buenos:  
Virgilio, Horacio, Ovidio;  
a Plutarco, al de Teyo,  
a Richardson, a Pope,  
y a ti ¡oh Valdés!, ¡oh tierno  
amigo de las Musas,  
mi amor y mi embeleso!  
Y al pie de mi retrato,  
pondrán este letrero:  
«Amó cuanto era amable,  
amó cuanto era bello».

¡Oh, retrato dichoso!,  
vas donde yo no puedo:  
tu suerte venturosa  
¡con cuánta envidia veo!  
Anímate a la vista  
de aquella que más quiero,  
y dile mis ternuras,  
y dile mis deseos.  
Dale mil y mil veces  
pruebas de mi amor tierno,  
y dale mil abrazos,  
y en la mejilla un beso.

#### AL RETRATO DE UN CUPIDO DADO POR NISE

¿Dónde corres, Cupido,  
a la luz de tus fuegos,  
seguido de tu madre  
tan alegre y contento?

Para más bien, y llora:  
no todos son tus siervos;  
la joven que yo adoro  
se resiste a tu imperio.

Deja ya ese arco flojo  
por el uso y el tiempo,  
ni tu dorada aljaba  
penda de tu hombro bello,  
y apaga de tu tea  
el ya lánguido fuego,  
que la joven que adoro  
se resiste a tu imperio.

Antes bien busca flechas  
y un arco más certero,  
y o súmete en la tierra,  
o levántate al cielo,  
para encender tu antorcha  
de más activo fuego,  
pues la joven que adoro  
se resiste a tu imperio.

#### A NISE, DÁNDOSE A LA VELA

Ay, que de tu nave  
ya se hinchan los linos  
al soplo del viento  
y de mis suspiros.  
Bella fugitiva,  
mi hechizo, mi amor.  
Piensa en mi tormento  
al decirte adiós.

El fuego secreto  
que en el pecho mío  
hace un año que arde  
sin ser conocido,  
hoy nada respeta,  
hoy ya es un delirio  
y un ciego furor...  
Piensa en mi tormento  
al decirte adiós.

Cual tímida virgen  
que, cuando la miran,  
toda ruborosa  
tiembla y se retira,  
y piensa que es crimen  
aun alzar la vista,  
tal era mi amor.  
Piensa en mi tormento  
al decirte adiós;

Hoy es un guerrero  
que a todo se atreve,  
y que entre las llamas  
y la cierta muerte,  
intrépido, osado,  
el muro rebelde  
pisa triunfador.  
Piensa en mi tormento  
al decirte adiós.

Cual débil arroyo  
de agua cristalina  
que en murmurio blando  
corre y se desliza,  
y a cualquier tropiezo  
cortés se desvía,  
tal era mi amor.  
Piensa en mi tormento  
al decirte adiós;

Hoy es un torrente  
que, con furia extraña,  
de escarpado monte  
despeñado baja,  
y a los hondos valles  
loco se arrebata  
con grande fragor.  
Piensa en mi tormento  
al decirte adiós.

Cual sólo te atreves,  
céfiro suave,  
a mecer las flores,  
y, oculto en su cáliz,  
apenas respiras  
su aroma fragante,

tal era mi amor.  
Piensa en mi tormento  
al decirte adiós;

Hoy es un terrible  
huracán violento,  
que arrasa los campos,  
amenaza al cielo,  
las nubes inflama,  
y en el mar tremendo  
ceba su furor.  
Piensa en mi tormento  
al decirte adiós.

## EN LA MUERTE DE DOÑA MARÍA DE BORBÓN

(Princesa de Asturias)

Señor, Señor, el pueblo que te adora,  
bajo el peso oprimido  
de tu cólera santa, gime y llora.  
Ya no hay más resistir: la débil caña  
que fácil va y se mece  
cuando sus alas bate el manso viento,  
se sacude, se quiebra, desaparece  
al recio soplo de huracán violento.

Así tu ira, Señor, bajo las formas  
de asoladora peste y hambre y guerra,  
se derramó por la infeliz España,  
y aquella que llenó toda la tierra  
con hazañas tan dignas de memoria,  
en sus débiles hombros ya ni puede  
sostener el cadáver de su gloria;  
y la que, un tiempo, Reina se decía  
de uno y otro hemisferio,  
y vio besar su planta, y pedir leyes  
a los pueblos humildes y a los reyes,  
llora cual una esclava en cautiverio.

¿Y en medio a tantos males,  
olvidas tus cuidados paternos,  
olvidas tu piedad, y hasta nos robas  
la más dulce esperanza

en la amable Princesa,  
dechado de virtud y de belleza?...

¡Oh memorable día  
aquel en que la grande Barcelona,  
saltando el noble pecho de alegría,  
y ufana y orgullosa  
al verse de sus reyes visitada,  
vio la mar espumosa  
besar su alta muralla,  
y deponer después sobre su playa,  
ante el inmenso pueblo que esperaba,  
el precioso tesoro  
que la bella Parténope mandaba!  
Y entre las salvas y festivos vivas,  
la augusta joven pisa ya la tierra,  
que devota, algún día,  
reina, señora y madre le diría.  
Ni se sacian los ojos de mirarla,  
y nadie puede verla sin amarla.

Llena de noble agrado, y apacible  
y fácil y accesible,  
siembra amor por doquier. Llega y conquista.  
Todos los corazones son ya suyos...  
Malograda Princesa,  
no has muerto sin reinar. Un pueblo entero  
libre te ha obedecido;  
que quien ama obedece,  
y sólo amor merece  
lo que no puede el oro ni el acero.

¿Dó están las esperanzas, madre España,  
las altas esperanzas que formaste,  
cuando las bellas ramas  
de un mismo excelso tronco entrelazaste?  
¿Dó los tiempos pimpollos  
que el tálamo real brotar debiera,  
por cuyas venas la gloriosa sangre  
del domador de Nápoles corriera;  
que de su gloria y nombres herederos,  
y a la sombra del trono  
del grande Carlos y la amable Luisa,  
crecieran, se elevaran  
y feliz perpetuaran  
la sucesión de reyes piadosos,

benéficos y bravos y guerreros  
y padres de la patria verdaderos?

¿Dó, España, fueron tus ardientes votos,  
que ante el altar postrada,  
la noble faz bañada  
en lágrimas de gozo,  
en día tan dichoso  
al cielo religiosa dirigiste?

Señor, ensordeciste  
a su clamor, y a su llorar cegaste,  
y los ojos tornaste  
lentos de indignación: tembló la tierra,  
y los cielos temblaron;  
todos los elementos cruda guerra  
entre sí concitaron;  
rómpese el aire en rayos encendido;  
retumba en torno el trueno estrepitoso,  
el viento enfurecido  
silba, conturba el mar; y las escuadras  
en su arduo combatir van y se chocan,  
ciegas se mezclan, se destrozan luego,  
y al fondo de la mar de sangre y fuego,  
como la piedra, bajan, desaparecen.

Todos, todos perecen  
confundidos, sin gloria y sin venganza;  
y tu ira sólo triunfa. Después llamas  
al ángel de la muerte, y le señalas  
la digna primogénita de Iberia.

Él se alza, y reverente,  
velada de temor su faz gloriosa  
con las brillantes alas,  
te oye y ciñe la espada reluciente,  
del Egipto a los hijos ominosa,  
de su sangre aún teñida,  
y vuela a obedecerte...  
Hierre, y cae la víctima inocente,  
víctima de expiación de tus pecados,  
España delincuente,  
y herida cae de aquella misma espada,  
con que una infiel nación fue castigada;  
que al Todopoderoso  
es altamente odioso,

quizá más que el infiel, su pueblo ingrato.

En tanto ya los males y dolores,  
soldados indolentes, que militan  
bajo el pendón sombrío de la muerte,  
volteando en torno de la real cabeza  
una tan cara vida amenazaron.  
Sus ojos se anublaron,  
sobre sus labios la sonrisa muere,  
y se sienta la pálida tristeza  
en los ojos, que fueron  
el trono del amor y de las gracias;  
y su pecho, en que ardía  
la viva y casta llama de Fernando,  
se fatiga, se oprime... Un mismo día  
ha visto nuestra dicha  
nacer, crecer, morir; y fue la noche  
de tan alegre día  
la noche de la tumba oscura y fría.

En vano ¡ay!, cuán en vano  
agotó el arte humano  
su saber, su poder... El alto cielo  
su decreto de muerte dio... y el ángel  
libertador de Isaac retardó el vuelo.

Cumana Profetisa  
que desde tu honda y misteriosa cueva,  
de furor agitada,  
y en éxtasis sublime enajenada,  
oráculos terribles revelaste,  
¿por qué no levantaste  
de la tumba, do yaces tantos siglos,  
la venerable frente,  
y la sagrada lengua desatando,  
por qué no presentaste  
los imperios caídos,  
y los cetros rompidos  
sobre el sepulcro triste y pavoroso?,  
y ¿por qué no turbaste  
el gozo de tu Nápoles, (cantando  
el funeral destino que arrastraba  
a las playas ibéricas su hija),  
cuando fió a las olas  
la reina de las gentes españolas?  
Y el luto de tu patria o nunca fuera,

o, ya previsto mal, menos le hiriera.

Y tú que, ya cortados  
los lazos que te unían  
al trono y a la vida y a Fernando,  
y tu esfuerzo a los cielos contenían,  
te elevaste segura,  
cual llama hermosa y pura,  
del pábulo terrestre desprendida;  
ve la mísera España  
al extremo dolor abandonada  
el real manto rugado,  
la negra cabellera deslizada,  
y ceñida la frente  
de jacinto al ciprés entrelazado,  
gemir sobre tu losa. Y los gemidos  
su hija América oyendo también gime,  
y triste y desolada  
así suelta la voz apesurada:

«¡Oh!, ¡qué imprevisto golpe  
mi herido corazón de nuevo hiere!...,  
vi el monstruo de la guerra  
ya en el antiguo mundo no cabiendo,  
nadar, romper los mares tormentosos;  
y a su terrible aspecto, a su bramido  
espavorida retemblar mi tierra;  
y vi la planta impura  
del ínfido Bretón y codicioso,  
en presencia del cielo,  
manchar mi casto y religioso suelo;  
vi mis campos talados,  
vi profanar mis templos, mis altares,  
vi mis hijos morir... ¡hijos amados!,  
por su patria, su rey, su Dios armados;  
cuyas manos valientes  
sólo al morir soltaron el acero  
bañado en sangre y gloria, único alivio  
de esta viuda infeliz... ¡Carlos!, mis hijos  
murieron ¡ay!, no mueran sin venganza;  
que si vencer los fuertes no pudieron,  
lidiar al menos y morir supieron».

Suspende, amada patria, tus querellas.  
Sígueme, que en las alas  
del rayo impetuosas,

cual la reina del aire,  
me lanzo a las mansiones venturosas.  
Las puertas eternas de improviso  
se abrieron... ¿Oyes el armonioso,  
arreatado canto  
que en torno suena del cordero santo?,  
¿y entre el sublime y resonante coro,  
cuál se alza fervorosa  
de Antonia la oración, y cuál ofrece  
su juventud, su vida, su martirio,  
por los males del pueblo que ama tanto?  
Ve ya del trono santo  
bajar entre inefables resplandores  
la mirada de paz, y el rayo ardiente  
caerse de la diestra omnipotente.

Y tú, alado ministro de venganza,  
tú que segaste en flor nuestra esperanza,  
ve a decir a los pueblos enemigos  
que la ira celestial se ha serenado;  
que ya el Señor nos llama sus amigos,  
que él solo nuestra fuerza quebrantaba,  
que hoy su poder conforta nuestro brazo.  
Di que tiemblen, que somos invencibles,  
y que el León ibero,  
la su crespa melena  
erizada, ya rota la cadena,  
rugirá; y al rugido  
huyendo el insular precipitado  
por sus ingratas olas,  
el gran tridente soltará usurpado  
en las tendidas playas españolas.

## HIMNO A DIANA

(Dedicado al amable cazador, mi amigo J. R. O.)

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que tus leyes sigue,  
tu gracia y favor.

Ven que tú en los campos  
fuiste la primera  
que agitó las fieras

y las tiernas aves,  
que cantan süaves  
cuando nace el sol.

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Al viento vagaba  
tu libre cabello,  
y del hombro bello  
la aljaba pendía,  
y el pie te lamía  
el can corredor.

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Dame las saetas  
de tu arco certero,  
o haz que el plomo fiero  
alcance y traspase  
cuando al monte pase  
el ciervo veloz.

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Si al zarzal huyere  
la ágil gallareta,  
con su rastro inquieta  
al diestro sabueso,  
y al tenaz latido,  
del cieno escondido  
salga desalada,  
corra, vuelva y caiga,  
aunque alas le añada  
su mismo temor.

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,

que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Dicen que se goza  
sólo en la ciudad  
de amor, de amistades  
y dulce recreo,  
mas yo en este empleo  
la ciudad olvido,  
su brillo, su ruido,  
y olvido el amor.

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Que tú castigaste  
al curioso Acteón,  
que de amor movido  
desnuda te vio.

Convertido en ciervo  
al punto corrió,  
y los tus sabuesos  
con rabia feroz  
parten a vengarte  
de la injuria atroz.

El bosque llenaron  
de agudo clamor;  
lo siguen, lo acosan  
con curso veloz,  
parten sus entrañas  
y su corazón.

Los necios y ciegos  
sigan al Amor,  
y sufran y penen,  
que a Diana amo yo.

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Si tú dirigiries  
mi tímida mano,  
ningún tiro vano  
saldrá del cañón;  
y yo te prometo  
con todo el respeto  
de mi corazón  
no cazar jamás  
sin invocarte antes  
con esta canción.

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Vamos, compañeros,  
¿no veis los accesos  
de nuestros sabuesos?,  
vamos con ardor.

No temáis al frío,  
no temáis al sol,  
que ya volveremos  
cargados, sudosos,  
pero más gloriosos  
que un conquistador.

## DEDICATORIA

(a J. R. O.)

Y tú, mi dulce amigo,  
que con la caza alegre  
el afanoso estudio  
alternas y entretienes,  
sigue, sigue gozando  
el placer de los reyes;  
la diosa de los bosques  
su gracia te promete.

Mas si en la selva umbrosa  
dos palomitas vieres  
acariciarse tiernas,  
el tiro, cruel, suspende;

perdón a sus caricias,  
y díles cuando vuelen:

«Si acaso sois de aquellas  
que en Chipre tiran siempre  
el carro de la madre  
del amor y el deleite,  
id allá desaladas,  
palomas inocentes,  
y en vuestro dulce arrullo  
que Venus sola entiende,  
decidle: Tu poeta  
nos libró de la muerte».

## LA PALOMITA

(Anacreóntica)

¿Dime de dónde vienes?,  
dímelo por tu vida,  
¿dónde vas?, ¿de quién eres,  
amable palomita?

El amoroso Olmedo  
a su Nise me envía,  
a la graciosa Nise,  
su amor y su delicia.

Yo antes era de Venus,  
y de las más queridas,  
yo su carro tiraba  
y en todo la servía.

Mas del calor huyendo  
en un estivo día,  
o por buscar la sombra,  
que es del amor amiga,

con mi amante palomo,  
blanco como yo misma,  
en una selva umbrosa  
entré, y me vi perdida.

Que un cazador amable  
que allí por caso había

nos mira, y nos asesta  
su cañón homicida.

Mas se contuvo luego,  
no sé por qué, y con risa  
como que algo recuerda  
oí que me decía:

«Si acaso eres de aquellas  
que allá en la Chipre tiran  
el carro de la madre  
de amorosas delicias,  
vuela allá desalada,  
cándida palomita,  
y en tu arrullo que entiende  
sólo Venus divina,  
dile que su poeta  
te libertó la vida».

Ajena ya del susto  
volé alegre y festiva  
a referirle a Venus  
lo de la selva umbría.  
En su caliente seno  
me acoge y me decía:

«Ya estás en mi regazo  
¿qué temes, cuitadilla?,  
no más de susto tiemblen  
tus cándidas alitas.  
Pero yo premiar quiero  
al que debes la vida.  
Ve a mi tierno poeta,  
dile que soy su amiga,  
y ofrécele mi gracia  
y protección divina».

De entonces dejé a Venus,  
dejé a Chipre por Lima,  
y vine a ser de Olmedo,  
que es la ternura misma.

De entonces soy su esclava,  
y le sirvo muy fina:  
suya soy, y son tuyas  
estas letras que miras.

Libertad cuando torne  
dijo que me daría:  
mas yo sin él no quiero  
ni libertad ni vida.

Con mi arrullo le aduermo,  
mi pico le acaricia,  
le cubro con mis alas  
en las mañanas frías.

Comer quiero, y el grano  
pico en su mano misma;  
y si dormir, me arrulla  
su blanda y dulce lira.

Pero... ingrato me engaña;  
todo, todo es mentira,  
sus melosas palabras,  
sus besos y caricias.

Yo estoy, oh pasajero,  
de los celos perdida,  
pues mi amo sólo quiere  
a una niña muy linda;  
y aun conmigo estos versos  
le manda a mi enemiga,  
a la graciosa Nise,  
su amor y su delicia.

Adiós, sé delicado  
y calles, que la dicha  
de amar y ser amado,  
entre las almas finas,  
crece con el misterio  
mengua con la noticia.

Y adiós, que me detengo  
más de lo que debía,  
y temo que mi ingrato  
al volver me reciba  
sin ojos placenteros,  
sin su amable sonrisa,  
pues el que ama y espera  
con lo menor se irrita.

## EL ÁRBOL

A la sombra de este *árbol* venerable  
donde se quiebra y calma  
la furia de los vientos formidable,  
y cuya ancianidad inspira a mi alma  
un respeto sagrado y misterioso,  
cuyo tronco desnudo y escabroso  
un buen asiento rústico me ofrece,  
y que de hojosa majestad cubierto  
es el único rey de este desierto,  
que vastísimo en torno me rodea;  
aquí mi alma desea  
venir a meditar; de aquí mi musa,  
desplegando sus alas vagarosas,  
por el aire sutil tenderá el vuelo;  
ya cual fugaz y bella mariposa,  
por la selva florida,  
libre, inquieta, perdida,  
irá en pos de un clavel o de una rosa,  
ya cual paloma blanda y lastimera  
irá a Chipre a buscar su compañera,  
ya cuál garza atrevida  
traspasará los mares,  
verá todos los reinos y lugares,  
o cual águila audaz alzará el vuelo  
hasta el remoto y estrellado cielo.

¿No ves cuán ricas tornan a sus playas  
de las Indias las naves españolas  
a pesar de los vientos y las olas?,  
pues muy más rica tornarás, mi musa,  
de imágenes, de grandes pensamientos,  
y de cuantos tesoros de belleza  
contiene en sí la gran naturaleza;  
y de tu largo vuelo fatigada  
vendrás a descansar, como a seguro  
y deseado puerto,  
a la sombra del árbol del desierto.

¡Necio de mí!, ¿qué he visto?,  
¡cuántas veces mejor me hubiera estado  
gozar en grata paz menos curioso  
de este ocio dulce, fresco y regalado,  
que ver el espectáculo horroroso

que la perjura Francia,  
de su seno feraz en sediciones,  
en escándalo ofrece a las naciones!

¿Dónde están esas leyes decantadas  
por la justicia y la equidad dictadas?  
¿Mas qué aprovechan leyes sin virtudes?,  
¡ni cómo las virtudes celestiales,  
don de Dios el más puro y más sagrado,  
han de habitar el corazón malvado  
de un pueblo sedicioso,  
cuyo jefe ambicioso,  
cualquier senda, aunque sea  
toda de sangre y crímenes cubierta,  
la cree justa, legítima, segura,  
si oro, poder y cetro le procura!

Los pueblos sabios, libres y virtuosos  
en el trono sentaron a las leyes,  
y se postraban a sus pies los reyes.  
Pero el tirano, no: sentose él mismo,  
y las leyes sagradas  
puso a sus pies sacrílegos postradas.

Y nada perdonó para su intento:  
su valor, su talento,  
aun las virtudes mismas le sirvieron,  
y tenidas en máximas de Estado  
su respetable máscara le dieron.

Viose la religión inmaculada,  
hija del cielo noble y generosa,  
sierva de su política insidiosa;  
y el grande protector de la fe santa,  
con suma reverencia,  
los Evangelios en París decora  
y el Alcorán en el Egipto adora.

¡Qué crímenes, qué males,  
no ha dado la ambición a los mortales!  
Ella sola es cual llama abrasadora,  
que las mieses devora;  
mas la ambición unida a la fortuna  
es torrente impetuoso,  
que atropellando todo se derrama,  
y devora las mieses y la llama.

Así a los pueblos se anunció el tirano,  
y ésta es la perspectiva aborrecida  
que ofrecerá a quien ose desrollarle  
el lienzo ensangrentado de su vida.  
En el infausto y execrable día  
en que se vió la libertad francesa  
al carro vencedor en triunfo atada;  
cuando al trono de Luis, César subía,  
en medio del tumulto y la alegría  
de un pueblo esclavo... Bruto, ¿dónde estabas?  
No es tarde aún; ven, besaré tu mano  
bañada con la sangre del tirano.

¡Ay!, ¡que la tierra toda estremecida  
tiemble por donde pasa y brota sangre!  
¡Qué nuevo crimen! ¡Dios!, ¡oh madre España,  
tu fe pura y entera,  
y tu misma virtud cuánto te daña!

Un corazón virtuoso,  
noble, fiel, generoso,  
no sospecha jamás que se le engañe.  
¡Oh traición inaudita!... Las montañas  
desplómense y en polvo se deshagan;  
los bramadores y hórridos volcanes  
humo espeso vomiten  
de sus vastas y lóbregas entrañas;  
y densas nubes de humo y polvo encubran  
tan gran maldad del miserable suelo  
al vengador y poderoso cielo.

¡España! ¡España! ¡La amistad sagrada,  
esa necesidad tan cara al hombre,  
ese placer y celestial encanto,  
ese lazo el más santo  
de las almas, no es más que un vano nombre,  
un nombre sin sentido  
y una red que el tirano te ha tendido!

Osó llamar el pérfido a tus reyes  
y díoles como amigos  
de la amistad el ósculo fingido;  
y cuando en su poder seguros fueron,  
tratoles como viles enemigos,  
y expiar les hace en bárbaras prisiones

el crimen de ser reyes y Borbones.

Siervos del crimen, nuestros caros reyes  
volvednos, sí, volvednos nuestros padres,  
los dioses de la España,  
y venid a quitarlos en campaña.  
Siervos viles del crimen, acordaos  
de la inmortal jornada de Pavía;  
de allí, del mismo campo de batalla,  
cautivo y prisionero,  
vio entrar Madrid vuestro monarca fiero.  
Imitad, si podéis, tan grande hazaña.  
Esto es honor; y si queréis vengaros,  
volvednos nuestros reyes  
y venid a quitarlos en campaña.  
Los siglos pasan, nuestra gloria dura:  
cuando a cubrirnos de un baldón eterno  
la fiel posteridad ya se apresura.

¡Oh musa!, tú que viste  
el furor de la mar estrepitosa  
y los vientos horrísonos oíste  
y el fracaso espantoso de las olas,  
tú sola pintar puedes  
el ardor de las armas españolas,  
la ira y celo con que por todas partes  
va y corre la nación precipitada  
¡Guerra!, clamando, y a la voz de ¡Guerra!,  
cómo brota la tierra  
y las montañas brotan gente armada  
a la guerra y venganza aparejada.

¡Guerra, venganza!... ¡Oh cuánto a su deseo  
ya tarda en coronarse el Pirineo  
de las pérfidas huestes enemigas!  
Nunca el indio salvaje ni el viajero,  
la senda en noche lóbrega perdida,  
tanto del sol ansiaron la salida,  
como impaciente el español espera  
mirar la luz primera  
que le refleje el enemigo acero.  
¡Oh qué sed tan violenta  
de tu sangre le abraza y atormenta!...  
Ya en el campo de Marte sanguinoso  
le hará ver que en España,  
para vengar la afrenta

de Dios, del rey y de la patria santa,  
cada hombre es un soldado,  
y que cada soldado es un Pelayo,  
cada pecho un broquel, cada arma un rayo.

Dios santo y poderoso,  
brazo, virtud y gloria en la pelea,  
tú que tocas el monte y luego humea,  
tú que miras la tierra y se estremece,  
toca y mira ese pueblo que en su gloria,  
sin referirla a ti, se ensoberbece.

Tú ¡oh Dios!, que a los humildes y a los mansos,  
la posesión has dado de la tierra,  
¡ay!, no permitas que el varón de sangre  
tu nación extermine,  
ni que en la tierra toda desolada  
cubierta de cadáveres domine.

Antes tú, que quisiste  
para santificar la justa guerra,  
el Dios de los ejércitos llamarte,  
y en tus pueblos caudillos elegiste,  
y su defensa y su victoria fuiste,  
nuestro brazo conforta, y con tu aliento,  
cual huracán violento,  
turba las huestes del perjuro bando  
que las sagradas leyes quebrantando  
de amor y de amistad y santa alianza,  
a guerra nos provocan y a venganza.

Y tú, mi musa, en tanto  
que el mundo tiemble de furor y espanto,  
y entre los fieros males  
que preceden, que siguen, que acompañan  
a la venganza, la ambición vacila;  
tú, mi musa, pacífica y tranquila,  
cual tímida paloma,  
que se esconde en su nido,  
la tempestad huyendo que ya asoma,  
vendrás a guarecerte,  
mientras lo exija mi destino incierto,  
a la sombra del *árbol* del desierto.

## PARODIA ÉPICA

¿Ves cuál se precipita en ígneo sulco,  
de la ominosa nube desprendido  
, el rayo asolador, de ronco trueno  
y luz deslumbradora precedido;  
y de las enriscadas, desiguales  
sierras derroca las enormes masas  
de portentosa, horrible pesadumbre,  
que desraigando los añosos robles,  
fuertes encinas y sublimes pinos,  
en derredor los valles asordando,  
con fracaso espantable por las faldas  
ásperas y fragosas saltan, ruedan  
y allá en el hondo abismo se despeñan;  
y a un tiempo los soberbios capiteles,  
que entre nubes de lejos se divisan,  
y valles y collados señorean,  
que el tiempo respetó, con mil estragos  
se desploman y en polvo se deshacen:  
templos, casas, alcázares, palacios,  
do en asiática pompa el lujo ríe,  
la altiva frente rinden, y deshechas  
el suelo besan que antes desdeñaban,  
y sus vastas ruinas portentosas  
grandes, pequeños, ricos, pobres, buenos,  
malos, fuertes y débiles sepultan;  
grito de muerte a las esferas sube,  
un silencio de muerte le sucede?...  
En tanto... en tanto... ¡Oh descripción amiga,  
ya el aliento me falta; otro te siga!..

## A UN AMIGO

(Don Gaspar Rico)

(En el nacimiento de su primogénito)

¡Tanto bien es vivir, que presurosos  
deudos y amigos plácidos rodean  
la cuna del que nace,  
y en versos numerosos  
con felices pronósticos recrean  
la ilusión paternal! Uno la frente  
besa del inocente

y en ella lee su próspero destino;  
otro, ingenio divino,  
sed de saber y fama  
y de amor patrio la celeste llama  
ve en sus ojos arder; y la ternura,  
el candor y piedad otro divisa  
en su graciosa y plácida sonrisa.

Pero ¿será feliz?, ¿o serán tantas  
hermosas esperanzas, ilusiones?  
Ilusiones, Risel. Ese agraciado  
niño, tu amor y tu embeleso ahora,  
hombre nace a miseria condenado.  
Vanos títulos son para librarle  
su fortuna, su nombre.

Mas ¿qué hablo yo de nombre y de fortuna?,  
si su misma virtud y sus talentos  
serán en estos malhadados días  
un crimen sin perdón... La moral pura  
la simple, la veraz filosofía,  
y tus leyes seguir, madre Natura,  
impiedad se dirá. Rasgar el velo  
que la superstición, la hipocresía  
tienden a la maldad; decir que el cielo  
límites ciertos al poder prescribe  
como a la mar; y que la mar insana  
menos desobediente  
es al alto decreto omnipotente:  
impiedad... sedición... Por toda parte,  
la frente erguida, el vicio se pasea,  
llevando por divisa «audacia y arte».

Tienta, seduce, inflama,  
ni oro, ni afán perdona;  
da a la maldad por galardón la fama,  
se atreve a todo, y triunfa, y se corona.  
¡Qué escenas, Dios!, ¡qué ejemplos!, ¡qué peligro!  
¿Y es tanto bien vivir? ¡Siquiera el cielo  
a más serenos días retardará,  
oh niño, tu nacer!, que ahora sólo  
el indigno espectáculo te espera  
de una patria en mil partes lacerada,  
sangre filial brotando por doquiera,  
y, crinada de sierpes silbadoras,  
la discordia indignada

sacudiendo, cual furia horrible y fea,  
su pestilente y ominosa tea.

¡Oh!, ¡si te fuera dado al seno oscuro  
pero dulce y seguro,  
de la nada tornar!... y de este hermoso  
y vivífico sol, alma del mundo,  
no volver a la luz, sino allá cuando  
ceñida en lauro de victoria ostente  
la dulce patria su radiosa frente,  
el astro del saber termine  
su conocido giro al occidente,  
y el culto del arado y de las artes,  
más preciosas que el oro,  
haga reflorar en lustre eterno,  
candor, riqueza y nacional decoro,  
y leyes de virtud y amor dictando,  
en lazo federal las gentes todas  
adune la alma paz, y se amen todas...  
y ¡oh triunfo!, derrocados  
caigan al hondo abismo  
error, odio civil y fanatismo.

Traed, cielos, en alas presurosas  
este de expectación hermoso día.  
Entretanto, Risel, cauto refrena  
el vuelo de esperanza y de alegría.  
¡Oh, cuántas veces una flor graciosa  
que al primer rayo matinal se abría,  
y gloria del vergel la proclamaba  
la turba de los hijos de la Aurora,  
y algún tierno amador la destinaba  
a morir perfumando el casto seno  
de la más bella y más feliz pastora!,  
¡oh, cuántas veces mustia y desmayada  
no llega a ver el sol, que de improviso  
la abrasa el hielo, el viento la deshoja,  
o quizá hollada por la planta impura  
de una bestia feroz ve su hermosura!

Empero tu deber, Risel amado,  
ya que te ves alzado  
a la sublime dignidad de padre,  
te manda no temer; antes el fuerte  
pecho contraponer a la violenta  
avenida del mal y de la suerte.

Virtud, ingenio tienes. Sirva todo,  
no sólo a dirigir la índole tierna  
de tu hijo al bien, que en desunión eterna  
está con la ambición y la mentira,  
sino a purificar en algún modo  
el aire infecto que doquier respira.  
Aprenda de tu ejemplo  
prudencia, no doblez; valor, no audacia;  
moderación en próspera fortuna,  
constante dignidad en la desgracia.

Porque cuando en el monte se embravece  
hórrida tempestad, el flaco arbusto  
trabajado del ábrego perece,  
mas al humilde suelo nunca inclina  
su excelsa frente la robusta encina,  
antes allá en las nubes señorea  
los elementos en su guerra impía  
y al fulgurante rayo desafía.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso  
corazón es el ara  
del amor conyugal y la ternura,  
que por seguir y consolar tu esposo,  
en tabla mal segura  
osaste hollar con varonil denuedo  
mares por sus naufragios tan famosas,  
y cortes más que mares procelosas;  
tú, que aun en medio del dolor serena,  
viste abrirse a tus pies la tumba oscura,  
ni asomada a su abismo te espantaste,  
y ansiedad, y amargura,  
en los pesares sólo,  
mal merecidos, de Risel mostraste,  
o cuando el tierno pecho te asaltaba  
dulce memoria de tu patria ausente;  
¡oh!, entonces no sabías  
que al volver a tu patria y tus amigos  
en premio el cielo a tu virtud guardaba  
lo que negó a diez años de deseos,  
y que madre a tu madre abrazarías.

Gózate para siempre, amiga mía;  
huyó la nube en tempestad preñada,  
y te amanece bonancible día.

Éste, éste de la patria el caro suelo,  
éste su dulce y apacible cielo,  
éstos tus lares son. ¿Por qué suspiras?  
No es ya mentido sueño lo que miras...  
Esa que tierna abrazas es tu madre,  
tú, más feliz que yo, tu madre abrazas...  
mientras yo ¡desdichado!,  
sólo en la tumba abrazaré la mía.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura  
de sobresalto fiero,  
inefable delicia en el cariño  
de este precioso niño,  
primera prenda de tu amor primero.  
Paréceme mirarte embebecida  
en sus ingenuas y festivas gracias;  
y, cuando más absorta, de improviso  
una lágrima ardiente  
de tus ojos brotar... el inocente  
cual si entendiera lo que entonces piensas,  
las manecitas cariñosas tiende,  
abre en sonrisa la encarnada boca  
y el dulce beso maternal provoca.

Bésale, veces mil, y esta dulzura  
divide con Risel. Sabia Natura  
no te formó al nacer amable, hermosa,  
sino para ser madre y ser esposa.  
Y tú, querido infante, que ignorando  
cuál será tu destino, en la dorada  
blanda cuna te meces,  
y agraciado sonrías  
o ledo te adormeces;  
ya que mirar la luz te ha dado el cielo,  
vive, florece; y tus amigos vean  
que en honor y consuelo  
de tu familia y de tu patria creces.

Sigue como tus padres alentado  
de la virtud la senda,  
y nada temas; que en cualquier estado  
vive el hombre de bien serenamente  
a una y otra fortuna preparado.

Y libre, o en cadena, y aun alzada  
sobre su cuello la funesta espada,

en noble impavidez antes la frente  
a la ceñuda adversidad humilla  
que a un risueño tirano la rodilla.

## CANCIÓN

Aquel velo misterioso  
que al pudor la noche da,  
es más bello y más hermoso  
que el sol en su claridad.  
Ven, pues, noche, no te tardes,  
ven mis dichas a colmar.

Allá lejos tras los montes  
escondiéndose el sol va;  
ésta es la hora venturosa  
del placer y de la paz.  
Llega, noche, no te tardes,  
ven mis dichas a colmar.

Ven, amiga, presurosa,  
que mi amor te espera ya,  
y cada sombra me engaña  
pensando que tú serás.  
Llega, noche, no te tardes,  
ven mis dichas a colmar.

Las palomas se acarician  
y se quejan a la par:  
con sus quejas y caricias  
dulce ejemplo nos darán.  
Llega, noche, no te tardes,  
ven mis dichas a colmar.

## CANCIÓN AL NUEVE DE OCTUBRE

¿Veis esa luz amable  
que raya en el oriente  
cada vez más luciente  
en gracia celestial?  
Esa es la aurora plácida  
que anuncia libertad.

Esa es la aurora plácida  
que anuncia libertad.

*Coro*

Saludemos gozosas  
en armoniosos cánticos  
esa aurora gloriosa  
que anuncia libertad,  
libertad, libertad.

Nosotras guardaremos  
con ardor indecible  
tu fuego inextinguible,  
oh santa libertad,  
como vestales vírgenes  
que sirven a tu altar,  
como vestales vírgenes  
que sirven a tu altar.

*Coro*

Saludemos gozosas  
en armoniosos cánticos  
esta aurora gloriosa  
que anuncia libertad,  
libertad, libertad.

Haz que en el suelo que amas  
florezca en todas partes  
el culto de las artes  
y el honor nacional.  
Y da con mano pródiga  
los bienes de la paz,  
y da con mano pródiga  
los bienes de la paz.

*Coro*

Saludemos gozosas  
en armoniosos cánticos  
esta aurora gloriosa  
que anuncia libertad,

libertad, libertad.

## ENSAYO SOBRE EL HOMBRE

(Por Alejandro Pope)

### EPÍSTOLA PRIMERA

Despierta, amigo, y generoso deja  
las necias esperanzas, los caprichos  
de la ambición al vulgo de los reyes.  
Y pues el soplo de la vida apenas  
nos permite observar lo que nos cerca,  
y se extingue después, ven y corramos  
sobre esta escena rápida del hombre.  
¡Qué laberinto!, exclamas. Mas no pienses  
que carece de plan. Árbol que tienta  
con sus hermosos y vedados frutos,  
campo do rosas entre abrojos nacen,  
recorrámosle pues; y cuanto muestra  
sobre su faz o dentro el seno guarda,  
conmigo indagarás, y las tortuosas  
sendas que sigue quien se arrastra ciego,  
o el loco aturdimiento del orgullo  
que en su mentida elevación se pierde.

Seguir tu clara voz, naturaleza,  
es nuestro fin, la necedad humana  
confundir en su error, y ver las causas  
de quejas y opiniones siempre dignas  
de risa o de censura. Al Dios del hombre  
a los ojos del hombre vindiquemos.

Sobre Dios, sobre el hombre alguna idea  
sólo por lo que vemos nos formamos.  
¿Qué vemos en el hombre? Un ser dotado  
de reflexión, que su lugar prescrito  
con los demás en la creación ocupa;  
y toda nuestra ciencia sobre el hombre  
a estos solos principios se reduce.

Que a Dios conozcan mundos infinitos  
que ni los puede divisar la vista,

ni el alma imaginar; que allá le adoren...  
Nosotros conocerle y adorarle  
debemos en el nuestro. En audaz vuelo  
quien el espacio penetrar pudiere  
y mundos sobre mundos ver girando  
para formar el universo, y nuevos  
planetas descubrir y nuevos soles,  
y ver qué seres las estrellas pueblan;  
ése podrá decir por qué Dios hizo  
el mundo tal como es... Mas, di, ¿tú sabes  
cuáles de esta obra son los fundamentos?,  
¿el mutuo lazo que sus partes une?,  
¿la justa proporción, y la insensible  
gradación de los seres? O bien, dínos,  
¿podrá una parte contener su todo?

Y esta cadena que lo enlaza todo,  
y lo sostiene todo ¿de qué manos,  
de las de Dios, o de las tuyas pende?  
¿La razón indagar ¡necio!, procuras,  
por qué eres ciego y débil? ¡Eh!, debías  
antes buscar la causa aun más oculta  
por qué no eres más débil y más ciego.

Ve a tu madre la tierra a preguntarle  
¿por qué el roble será más alto y fuerte  
que no las zarzas que a su sombra crecen?  
O pregunta a los cielos ¿por qué causa  
son menores que Júpiter las lunas  
que en torno giran de él? ¡Ah!, si es muy justo  
que de cuantos sistemas son posibles  
prefiera la eternal sabiduría  
el que fuere mejor, donde las partes  
sin la menor interrupción se adunen  
para no disolverse, y donde ocupe  
cada ser su lugar; fuerza es que el hombre  
tenga el suyo también en esa escala  
de los seres que viven y que sienten.  
Y aunque ardan en disputas las escuelas,  
ya sólo resta investigar si el hombre  
está con relación a su destino  
mal colocado en el lugar que ocupa.

Lo que es mal para el hombre, puede y debe  
ser un bien para el todo: el arte humano  
cuando se esfuerza más, produce apenas

aun con mil movimientos un efecto;  
pero Dios con un solo movimiento  
llena todo su fin, y aun otros fines  
prepara y perfecciona... Y así el hombre  
que es aquí el móvil primordial y solo  
en este orden, quizá subordinado  
a otra esfera mayor, mueve una rueda  
y concurre a otro fin que él no conoce.  
¡Quién, pues, comprenderá de este gran todo  
el plan y fin y dirección y leyes,  
si una mínima parte sólo vemos!

Cuando el fiero caballo reconozca  
la mano que le doma, y mal su grado  
la refrena o le aguija en su carrera;  
y cuando sepa el lento buey por qué abre  
ora la dura tierra, ora es llevado  
cual víctima al altar, ora, ceñido  
de flores cual un dios, Menfis le adora;  
entonces conocer, hombre orgulloso,  
podrás también tu fin, y adónde tienden  
tu acción y tu pasión, cuáles las causas  
son del bien y del mal, qué te reprime  
o qué te impele a obrar, por qué unas veces  
de una deidad te elevas a la esfera  
y otras de un siervo á la vileza bajas.

No digas, pues, que el hombre es imperfecto  
y que Dios hizo mal; antes confiesa  
que el hombre, a quien es dado solamente  
gozar del tiempo un fugitivo instante,  
y ocupar del espacio un solo punto,  
debe ser tan feliz y tan perfecto  
como su ser y condición exige.

Del libro del Destino nadie puede  
leer sino la línea en que está escrito  
lo presente no más. Próvido el cielo  
al bruto oculta cuanto inspira al hombre;  
y a éste cuanto a los ángeles revela.  
¿Quién pudiera jamás vivir tranquilo  
sin esta oscuridad?... Cuando el cordero  
es por su gula condenado a muerte,  
si él tu razón tuviera, ¿lo verías  
tan alegre y lascivo en la pradera  
pacer, brincar, y en inocente halago

lamer la dura mano que le hiere?  
¡Oh feliz ceguera de lo futuro!  
Gracioso don, a todo ser prestado,  
porque llene mejor su fin; en tanto  
que el sabio Autor en plácido reposo  
su obra sublime conservando mira  
con ojo siempre igual un vil insecto,  
a un héroe perecer, en el espacio,  
ya un sistema, ya un átomo perderse,  
y ampollas de aire o mundos disolverse.

Refrena, pues, el vuelo de tu orgullo,  
y espera que la muerte esos misterios  
te venga a revelar, y a Dios adora.  
El ignorar te deja sabiamente  
cuál tu felicidad futura sea;  
mas para la presente, una esperanza  
que no muere jamás puso en tu seno.  
Si aquí no eres feliz, tú debes serlo  
en otro orden de tiempos y de seres.  
¡Oh, cómo el alma inquieta y limitada  
reposa y se engrandece en esta idea!

El Indio pobre en su rudez sumido  
ve en las nubes a Dios, le oye en los vientos;  
ni vanas artes ni orgullosa ciencia  
su alma inerte excitaron a elevarse  
más allá de la esfera en que el sol brilla;  
su pensar, su saber, no van más lejos  
de lo que alcanzan sus sentidos torpes;  
mas la simple natura, de esperanza  
no le privó; y allá tras de aquel monte,  
cuya cima se pierde entre las nubes,  
un cielo él se promete, o se imagina  
un mundo en cuyos bosques solitarios  
libre pueda vagar, o ya en el medio  
del mar una isla más dichosa, donde  
un cruel conquistador jamás arriba  
por saciar la sed de oro, derramando  
sangre doquier y servidumbre dura  
en nombre de su Dios; donde el esclavo  
ve su tierra natal, y alegre vive  
sin que un amor feroz y avaricioso  
en mil modos le oprima, y sin espectros,  
que la superstición crédula forja,  
la paz del sueño y de la noche turben.

Contento de existir, él no desea  
ni las alas del ángel, ni la llama  
en que arde el serafín, mas se complace  
en la dulce ilusión de que su amigo,  
su perro fiel, será su compañero  
allá en el mismo cielo que se finge.

Pero tú eres más sabio... En tu balanza  
pesa, pues, tu opinión contra la ciencia  
del pródigo Hacedor, y señalando  
dónde está la imperfección, di que unas veces  
se muestra liberal, otras avaro;  
y para darle perfección a su obra,  
pon lo que falta, lo que sobra quita,  
destruye a tu placer todos los seres,  
o nuevos cría, y en tu orgullo exclama:  
«Si el hombre no es feliz, si no es perfecto,  
y si no es inmortal, si en él no emplea  
todo su amor y su cuidado el cielo,  
Dios es injusto», y arrancando osado  
el cetro y la balanza de sus manos,  
sé dios de Dios, y juzga su justicia.

Amigo, vuelve en ti, de nuestro orgullo  
nace todo el error. Nadie en su esfera  
se puede contener; todos aspiran  
a otra mayor: los ángeles ser dioses,  
y los hombres ser ángeles quisieran.  
Si aspirando a ser Dios se perdió el ángel,  
aspirando a ser ángel se hace el hombre  
de aquella misma rebelión culpable;  
pues invertir la eterna ley del orden  
es pecar contra Dios, es exponerse  
a su eterno designio... y se prepara  
la universal disolución del mundo.

Si preguntas ¿por qué los astros brillan?,  
si preguntas ¿por qué la tierra existe?  
«Sólo es por mí responderá el orgullo  
por mí derrama liberal natura,  
de frutos y de flores coronada,  
todos sus dones del fecundo seno;  
por mí da en su estación la vid, la rosa  
su néctar y su aroma; por mí encierran  
las minas mil tesoros, y los vientos

sobre la mar me llevan obedientes,  
nace el sol a alumbrarme, y es la tierra  
mi pedestal, y mi dosel el cielo».

Mas cuando el sol en sus letales rayos  
asoladora peste al mundo envía;  
cuando las tempestades, terremotos  
y erupciones volcánicas arrasan  
y sepultan los pueblos y naciones;  
¿no se podrá decir que se extravía  
natura de su fin, y que en el mundo  
reina el genio del mal? «No, no responde  
la voz de la razón que nunca engaña  
pues la primera Causa omnipotente  
sólo por leyes generales obra  
que invierte rara vez, cuando le place  
y nunca sin razón; y el mal permite  
si a conservar el todo contribuye».  
Por esta justa ley, cuanto hay criado,  
todo cuanto no es Dios, es imperfecto  
y mutable y mortal. El hombre solo  
¿no sufrirá esa ley?... Naturaleza  
tal vez del grande fin que se propuso  
de hacer feliz al hombre, se desvía,  
y aun el hombre también; ¿qué importa?... El orden  
de ese desorden aparente nace.

Aquel gran fin, en sucesión perenne  
lluvias, calor, serenidad requiere,  
o más bien una eterna primavera;  
no menos que en los seres racionales  
moderación, frugalidad, templanza,  
y un orden regular en sus deseos.  
Pues si en el orden regular no alteran  
el designio de Dios las tempestades,  
las pestes, y violentos terremotos,  
¿lo han de alterar los crímenes infandos  
de un Borja, de un Nerón?... Así lo piensa,  
en el delirio de su orgullo, el hombre  
si ve que puede Dios hacer que el vicio  
de su justicia a los designios sirva.  
¿Quién osará inculpar la Providencia  
en el orden moral, si vindicada  
siempre en el orden natural la observa?  
Por una misma regla juzga de ambos;  
mas siempre errados vagarán tus juicios

si tu vana razón no sometieres  
a la razón universal del mundo.

Y ¿no fuera mejor, dirás, que todo  
fuese en el mundo físico, armonía  
y en el moral, virtud?, ¿que por los vientos,  
jamás el mar se viera combatido,  
ni nuestro corazón, por las pasiones?  
¡Necio!, ¿no ves que del perpetuo choque  
de los discordes elementos nace,  
subsiste el todo, y que los elementos  
de tu vida y tu ser son las pasiones?...  
Así desde el principio de las cosas  
el orden general se ha conservado  
en la naturaleza y en el hombre.

Y ¿éste a qué aspira? Siempre descontento,  
si alza su frente al cielo y se contempla  
poco inferior al ángel, más que un ángel,  
siendo hombre, quiere ser; si sus miradas  
después abate al suelo, se lamenta  
de no tener la fuerza de los toros  
o la piel de los osos, o del ciervo  
la rara agilidad. Si para su uso  
todas las criaturas hechas fueron  
¿de qué le serviría si él gozara  
todas las dotes y atributos de ellas?

Órganos, facultades convenientes  
a su destino, a cada cual ha dado  
con mano sabia y liberal, natura;  
y en todo justa proporción guardando,  
la menos fuerza recompensa en unos  
con más agilidad, y otros defectos  
de otros repara con mayor instinto.  
Nada añadirse ni quitarse puede.  
No hay bestia, no hay insecto que no sea  
tan perfecto y feliz como demanda  
su humilde condición. Y ¿para el hombre,  
y para el hombre solo, será el cielo  
ingraciable y cruel?... ¿Y quien se dice  
único racional, juzga que nada  
en sí tiene, si no lo tiene todo,  
siempre quejoso, nunca satisfecho?

Hombre!, si un necio orgullo no te ciega,

conocerás que el ser feliz estriba  
en no pensar ni obrar sino como hombre  
y en no aspirar a dotes más sublimes  
ni a mayor perfección de la que sufre  
tu noble condición y tu destino.

Con más delicadeza, tus sentidos  
inútiles te fueran y aun dañosos;  
si un ojo microscópico tuvieras,  
las partes, los menores movimientos  
vieras de un arador, mas no gozaras  
del grandioso espectáculo del cielo;  
si más fino tu olfato y tacto fuera,  
el choque más ligero, la más dulce  
impresión de una flor te causaría  
el dolor o la muerte; un trueno horrible  
fuera cada rumor; siempre aturdido  
del armónico son de las esferas  
sintieras no escuchar la melodiosa  
queja del ruiseñor, del vago viento  
el grato susurrar entre las ramas,  
y el tono adulator del arroyuelo.

Adora, pues, la gran sabiduría  
del muy Alto, en los dones que te ha dado;  
y en lo que niega, su bondad adora.  
¡Por la inmensa creación, cuál va la escala  
de inercia, vida, instinto, pensamiento,  
en insensible gradación, subiendo  
desde la humilde raza del insecto  
a la estirpe del hombre soberana!

¡Qué modificaciones de sentidos!,  
¡qué grados intermedios desde el topo  
a quien odiosa piel la luz le niega,  
al lince perspicaz!... ¡De la leona  
que al ruido de su presa por la noche  
ciega se lanza, al perro cuyo olfato  
discurriendo le lleva por un rastro  
imperceptible, al más remoto objeto!

¡Cuál el oído, cuál la voz creciendo  
va desde el mudo pez, a las canoras  
aves de abril en la florida selva!  
¡Qué finura en el tacto de la araña  
sobre las redes que afanosa teje!,

¡en cada hilo vivir, sentir parece!  
¡Con qué discernimiento va la abeja  
libando aun de las plantas venenosas  
un licor saludable y delicioso!

Y en el orden de instinto, si la mente  
fijas, ¡qué variedad desde el inmundo  
vil cerdo que en el fango se revuelca  
al casi racional noble elefante!  
Y ¡cuán débil barrera se interpone  
entre ese instinto y la razón humana!  
¡Próximos siempre, y siempre separados?...

¿Quién conocer podrá la estrecha alianza  
entre la sensación y el pensamiento?  
¡Oh, cuántos seres!, ¡cuántas relaciones!  
¿Y quién dirá de sus indefinibles  
medias naturalezas, cómo tienden  
a unirse siempre sin jamás tocarse,  
ni menos traspasar esa invencible,  
esa línea sutil que les separa?

Turba la justa gradación de seres,  
y al punto los verás cómo se impelen,  
se chocan, se destruyen... y se rompe  
la unión, la relación de unos a otros,  
y de todos al hombre; y si tan varias  
facultades y dotes y atributos  
están subordinados a ti solo,  
porque te cupo la razón en parte  
cual un destello de celeste llama;  
di, pues, que tu razón todo lo abraza,  
que tu razón se sobrepone a todos.

Discurre por los aires, corre el globo,  
sonda la mar, descubrirás doquiera  
la materia agitándose fecunda  
y pronta a producir. ¡Cuál se dilata  
la progresión de seres!, hacia arriba  
¡a qué altura se eleva inaccesible!,  
en torno ¡qué extensión interminable!,  
hacia abajo también ¡en qué insondable  
profundidad se pierde!.... El principio  
de la cadena es Dios; siguen por orden  
ángeles, hombres, bestias, aves, peces,  
insectos invisibles. ¡Qué intervalo

del infinito a ti, de ti a la nada!  
Si al lugar de los seres superiores  
tú aspiraras, al tuyo aspirarían  
los seres inferiores, y un vacío  
fuera de la creación, donde si quitas  
una grada, la escala se destruye;  
y, roto un eslabón de la cadena,  
la cadena también toda se rompe.

Así un sistema de celestes cuerpos  
gira obediente a sus centrales leyes  
que tienen relación con otros mundos,  
que poblarán la inmensidad del cielo.

Alterar un tanto este orden, porque acaso  
de allí esperas un bien, verás que al punto  
la confusión de un cuerpo se difunde  
a su sistema, y del sistema al todo,  
y caerá destruido el universo:  
la tierra de su centro sacudida  
se escapará de su órbita, y los soles  
y planetas irán ciegos rodando  
sin ley cierta ni fin; precipitados  
los ángeles que rigen las esferas  
serán también; los seres sobre seres  
se abismarán, y mundos sobre mundos;  
del cielo desquiciándose los ejes  
vacilará su eterno fundamento,  
y ante el trono de Dios, Naturaleza  
temblará horrorizada al ver abierto  
el espantable abismo de la nada.  
¿Por quién desorden tanto? ¡Por el hombre!,  
¡por un gusano vil!... ¡Oh, cuánto exceso  
de orgullo, de impiedad y de locura!

¡Qué, si rebeldes nuestros miembros niegan  
su ministerio al alma que los rige!,  
¡si el pie formado para hollar la tierra,  
si la mano al trabajo destinada,  
oler, gustar, oír o ver quisiesen,  
y a cumplir su destino se negasen!...  
¡Qué confusión! Pues mucho mayor fuera  
si en esta inmensa fábrica aspirara  
cada parte a ser otra, desdeñando  
el empleo y lugar que le ha prescrito  
la excelsa mente del Rector supremo.

No son todos los seres sino partes  
de este admirable todo cuyo cuerpo  
es la naturaleza, y Dios el alma.  
Dios que igualmente su poder ostenta,  
grandeza y perfección creando la tierra  
o la esplendente bóveda del cielo,  
un átomo sutil o el sol radioso,  
un hombre vil que en la miseria gime  
o el puro serafín que arrebatado  
en éxtasis le adora. Para él nada  
es alto, bajo, grande ni pequeño;  
todo ante Dios es nada. Su inefable  
espíritu penetra los abismos  
del cielo y de la tierra; enlaza, llena  
y lo sostiene todo; se transforma  
en cada ser, quedando siempre el mismo;  
nos calienta en el sol, y nos recrea  
con las alas del céfiro; florece  
en cada planta y en los astros brilla;  
inextenso se extiende; indivisible  
se difunde doquier; se comunica,  
se da sin perder nada; en toda vida  
vive y anima la materia inerte;  
en nuestra alma respira, siente, piensa;  
y obrando siempre nunca se fatiga.

Depón, pues, oh mortal, tu error; no llares  
imperfección este orden portentoso  
que no conoces bien; tu mayor dicha,  
quizá de lo que más inculpas, pende;  
tu misma ceguera y tu flaqueza  
son dones a tu fin proporcionados.  
Entra en ti mismo, piensa en tu destino,  
somete tu razón, espera firme  
ser tan feliz aquí, o en otra esfera,  
cual conviene a tu ser, pues Dios lo quiere  
y en amor paternal sobre ti vela,  
desde el alba a la noche de tu vida,  
y de su diestra poderosa pendes.

Es la naturaleza con sus obras  
un arte para ti desconocido:  
lo que llamas acaso es el efecto  
de un gran designio, cuyo fin ignoras;

lo que juzgas discordia es armonía  
cuyo hermoso concierto no percibes;  
y el mal particular que acaso observas  
es un bien general. En fin, concluye  
que a pesar del orgullo, y en despecho  
de la razón ilusa, cuanto existe  
todo está bien aquí, todo es perfecto.

## EPÍSTOLA SEGUNDA

Conócete a ti mismo, no pretendas  
de Dios la esencia penetrar, amigo;  
estúdiate a ti mismo, pues el hombre  
es el más propio estudio para el hombre.  
Como en un istmo colocado, él tiene  
índoles varias: ya se nos presenta  
cual un ser mixto o cual compuesto raro  
de calidades entre sí contrarias:  
tinieblas, luz, elevación, bajeza,  
todos los vicios, todas las virtudes;  
para dudar escéptico, es muy sabio,  
y para alzarse a la fiereza estoica,  
muy flaco en su virtud; incierto siempre  
si debe obrar o no; piensa, y osado  
ya se cree un Dios o ya inferior al bruto  
si al error y al dolor vive sujeto.

Duda cuál de los dos, si el cuerpo o el alma  
es su parte más noble. Nace, vive  
para morir, y para errar discurre:  
si no oye a su razón, todo es oscuro;  
si le oye demasiado, nada es cierto:  
caos triste de pasiones y de ideas,  
a sí mismo se engaña, y por sí mismo  
se engaña, sin quedar nunca más cauto;  
cediendo a sus impulsos naturales,  
débil cae y glorioso se levanta;  
señor y esclavo de las cosas todas,  
sólo de la verdad él juzgar puede,  
y a error perpetuo condenado vive.  
Este es el hombre: enigma inexplicable;  
la gloria y el baldón del Universo.

Ve, pues, ser portentoso, y en las alas

del genio al templo de las ciencias sube;  
pesa el aire y la luna; en el espacio  
la órbita traza do los astros giren  
y los raudos e indóciles cometas;  
mide la tierra, y encadena al rayo.  
Regla el flujo del mar; registra el polo  
en frágil tabla y en seguro rumbo;  
aventúrate osado por los aires  
a nuevos mundos y a conquistas nuevas;  
o con Platón remóntate al empíreo,  
y el eterno ejemplar allí contempla  
de lo bueno, lo bello, y lo perfecto;  
o entra en el laberinto que formaron  
sus secuaces después, y di que el alma  
la verdad contemplando, desprendida  
del ministerio fiel de los sentidos  
y del dulce aguijón de las pasiones,  
sólo así imita a Dios, como los necios  
sacerdotes de Oriente, que aturdidos  
en el perpetuo giro de su frente  
creen imitar al sol; en fin, enseña  
a Dios el modo de regir el mundo.  
Y después entra en ti..., y confundido  
reconoce tu error y tu miseria.

Cuando los seres superiores vieron  
de un ser mortal el noble pensamiento  
de revelar las leyes de Natura,  
se admiraron de que en terrestre forma  
tanto saber cupiese y tanta audacia.  
Pero todo un Newton para ellos era  
lo que el simio sagaz para nosotros.  
Mas quien dar leyes a los astros puede,  
y refrenar los rápidos cometas,  
¿puede acaso de su alma un movimiento  
reglar o describir? A las estrellas  
manda nacer aquí y allí ponerse  
y él su mismo principio y fin ignora.  
¡Cosa admirable! El hombre perfecciona  
cuanto hay fuera de sí en ciencias y artes,  
mas cuando trata de estudiarse él mismo,  
todo es duda y error... ¡Ay!, cuanto trama  
el día de la razón, tanto la ciega  
noche de las pasiones lo deshace.

Dos principios de acción hay en el hombre:

amor propio y razón. El uno evita,  
la otra contiene; aquél siempre nos mueve  
a buscar el placer y evitar siempre  
la pena y el dolor; ésta modera  
el ímpetu y ardor de las pasiones.  
Ambos son buenos, útiles, nocivos,  
según llenan su fin, cual es movernos  
a que amemos el bien y el mal huyamos.

Cual potencia motriz, el amor propio  
nos da el impulso, y la razón exacta  
en su balanza fiel compara y regla  
la acción y movimiento que de él nace.  
Extirpa el amor propio: el hombre al punto  
en inerte reposo yacería;  
quítale la razón, y no habrá entonces  
ni modo ni designio en las acciones.  
¿Qué fuera el hombre así?, planta que nace,  
vegeta, se propaga, en fin, se pudre;  
o cual meteoro que sin ley vagando  
destruye cuanto encuentra, y se disipa.

El principio motor es el más fuerte:  
activo y eficaz incita, impele;  
el principio rector, quieto, sereno,  
dando consejo y luz, llena su oficio,  
deliberando y conteniendo siempre.  
El amor propio nuevas fuerzas cobra  
mientras mira más próximo su objeto;  
por la presente sensación conoce  
el bien que anhela y el placer; en tanto  
que la razón el bien mira en distancia,  
lo examina y previene sus defectos.

De nuestra propensión los movimientos  
más fuertes nos asaltan, más frecuentes  
que no las voces de razón: mas ésta  
o dirigirlos sabe, o suspenderlos,  
siempre velando y persuadiendo siempre;  
todo su arte y poder, toda la fuerza  
en no dejarse sorprender consiste;  
y si vence una vez, su afán, su imperio  
se hace fácil, y aun grato repetido.

Así por grados la razón se afirma,  
y así queda también el amor propio

contento y útilmente reprimido.

Que el sutil escolástico más diestro  
en dividir lo que Natura uniera,  
que en componer y unir, sude, se afane  
por hacer que entre sí pugnen discordes  
ambos principios por esencia amigos;  
neciamente sagaz rompa, divorcie  
la razón de las gratas sensaciones  
y la virtud de las amables gracias;  
doctores cuya ciencia toda estriba  
en hacerse cruel guerra sobre nombres  
sin jamás entenderse y muchas veces  
entendiendo lo mismo; y cuya gloria  
es el no darse nunca por vencidos.

Dejemos que ellos la verdad ofusquen  
con gritos y perpetuas distinciones,  
y quedemos nosotros convencidos  
que amor propio y razón a un fin conspiran.  
Ambos por el placer o el dolor sienten  
afecto o aversión irresistible.  
Más impaciente aquél, se precipita  
sobre su objeto y devorarlo quiere;  
es la razón más pródiga, más sobria,  
y sin ajar la flor, la miel extrae.  
El bien, el mal, del uso moderado  
de los placeres naturales viene.

Las pasiones no son sino amor propio  
bajo formas diversas: las excita  
del bien ya verdadero, ya aparente,  
o la presencia o la esperanza; y como  
no todo bien comunicarse puede,  
y todos conservarnos, mejorarnos  
o por instinto o por razón debemos,  
pasiones hay, que no dañando a nadie,  
aun en sí concentradas, serán buenas;  
la razón en su bando las admite,  
las cuida, las fomenta; otras pasiones  
posponiendo su bien al bien ajeno  
y a la salud y gloria de la patria,  
son nobles, generosas y sublimes;  
la razón las aplaude y las admira,  
y de alguna virtud les presta el nombre.

En su inerte indolencia que se jacte  
el fiero estoico; su virtud inmóvil  
es cual monte de hielo; a sus entrañas  
todo el calor retira y se adormece.  
¡Dura y necia virtud! La virtud cierta  
vive en la acción y en el reposo muere.  
Cuando una tempestad nace en el alma,  
eso la impele a obrar; su acción repara  
el mal parcial, y se preserva el todo.

Sobre el océano de la vida vamos  
siempre agitados; la razón nos sirve  
de norte, y las pasiones son los vientos;  
sin ésa, no salvamos los escollos;  
sin éstas, en quietud nos consumimos,  
y es un lago mortífero la vida.  
Ni Dios ama el reposo: de improviso  
sobre las alas de los vientos vuela,  
o de las tempestades en el carro  
atronando los cielos se pasea.

La esperanza, el amor, que en torno vuelan  
del amable placer; la pena, el odio,  
familia del dolor; compasión, ira,  
rigor, piedad y todas las pasiones  
son, cual los elementos naturales,  
discordes entre sí, mas, combinados,  
principios dan de producción y vida;  
regladas, concertadas ellas marchan  
por do quiere natura y así llenan  
el fin de la creación, el bien del hombre.

Usar, gozar, temprar, no extirpar debes.  
¡Qué!, lo que constituye el ser del hombre,  
¿el hombre mismo deberá extirparlo?  
No. Del mismo contraste de pasiones  
nace el concierto, nace la armonía  
de las operaciones de nuestra alma.  
Son la sombra y la luz, que bien mezcladas  
prestan la consistencia y colorido  
a este cuadro fugaz de nuestra vida.

Nos brinda con placeres por doquiera  
oficiosa Natura, y cuando cesa  
el goce de un placer, ya otro se goza  
con la imaginación y la esperanza.

El alma, el cuerpo sin cesar se ocupan  
en retener y procurar placeres.  
Cada placer con su atractivo propio  
mueve, mas no igualmente nos seduce,  
pues cada objeto de diverso modo  
afecta los sentidos; de allí nace  
la varia sensación; y de esta fuente,  
según tienen los órganos más fuerza  
o más debilidad, varias pasiones  
más o menos violentas se arrebatan.

La pasión dominante de ellas crece,  
y crece a reinar sola, y semejante  
a la sierpe de Aarón, todas las otras  
traga y devora y las transforma en ella.

Como el hombre al nacer consigo trae  
un principio de muerte, que le arrastra  
sin sentido quizás hasta la tumba,  
y este germen mortífero en su seno  
crece con él, con él se fortifica;  
así infusa, mezclada en la substancia  
la enfermedad del alma nace, alienta,  
se torna en la pasión que le domina,  
y todo la obedece: los humores  
y espíritus vitales, atacando  
la parte flaca, a su poder conspiran;  
todas las propensiones más ardientes  
del corazón, la fuerza del ingenio  
desde que el alma a desplegarse empieza,  
todo le sirve bien; y los prestigios  
de la imaginación al fin acaban  
de afirmar los derechos de su imperio.

Natura le da el ser, y la costumbre  
es la asidua nodriz que la mantiene;  
el genio y los talentos más excitan  
su altiva condición y predominio;  
aun la razón halaga esta enemiga,  
consiente en su poder y lo fomenta;  
tal el sol con sus rayos más benignos  
vuelve más acre el jugo fermentado.  
¿Qué puede la razón?... La débil reina  
el cetro cede a quien mejor le agrada,  
y nosotros sus míseros vasallos  
creemos obedecerla al tiempo mismo

que a un vil privado suyo obedecemos.

Si ella luchar nos manda y en vez de armas  
nos da para vencer sólo lecciones,  
¿hace más que mostrar hasta qué grado  
somos los hombres débiles y necios?  
Si reprende severa, nos enseña  
a quejarnos no más, no a corregirnos;  
si amiga exhorta, ¿presta otro consuelo  
que decir que no alcanza a consolarnos?  
Y si de juez en defensor se vuelve,  
la elección que intentamos nos aplaude,  
o la que ya hemos hecho justifica;  
y fiera con sus fáciles conquistas,  
las pasiones más débiles enfrena  
para que la más fuerte triunfe sola.  
Así presume un médico que expele  
los humores que en una parte dañan,  
cuando sin conocerlo, reunidos  
van a otra parte a producir la gota.

¿Será fuerza extraviarse? No, que abiertas  
están doquier las sendas de natura.  
Marcha por ellas; siempre te acompañe  
de escolta la razón, si no de guía.  
Ella sabe reglar nuestras pasiones,  
no destruirlas, y a la dominante  
trata sagaz como si fuese amiga;  
un poder superior infunde en todos  
esa fuerza eficaz que nos impele  
a los diversos fines que él previene;  
ella arribar nos hace al puerto, mientras  
por las demás pasiones combatidos,  
cual por vientos variables, fluctuamos  
sobre este mar inquieto de la vida.

La pasión dominante el caro objeto  
no abandona jamás: si nos excita  
el poder, el saber, la gloria, el oro,  
si el amor del reposo, que es más fuerte  
acaso que los otros; en pos de ellos  
corremos sin cesar y aventuramos  
por ellos honra y vida... En sus afanes  
el mercader, en su indolencia el sabio,  
el monje en su humildad, y en su fiereza  
un gran conquistador todos encuentran

la razón complaciente de su parte.

Mas el Autor eterno, que el bien hace  
nacer del mismo mal, de las más nobles  
y laudables acciones el principio  
de esa pasión indómita deriva.  
Así del hombre fija la inconstancia,  
y la virtud al natural mezclada  
se hace más firme, y ambos se mejoran;  
y así alma y cuerpo de concierto operan.

Cual los ramos estériles e ingratos  
en tronco ajeno injertos fructifican,  
así de las pasiones brotan, crecen  
grandes virtudes, cuya raíz se nutre  
del fuerte jugo del salvaje tronco.

¡Oh, cuántas veces del temor, del odio,  
o de la obstinación y la tristeza,  
nacieron hechos dignos de escribirse  
en los curiosos fastos de las ciencias  
y en los de la moral y de la gloria!  
Aun la ira y la venganza suplir saben  
el celo y el valor; de la avaricia  
nace la precaución; de la pereza  
la modestia quizá y la templanza;  
el impulso sensual dentro su esfera  
es amor noble y tierno que enamora  
el corazón del sexo delicado;  
aun la envidia, tormento de almas viles,  
de noble emulación sirvió al que sigue  
de Minerva o de Marte las banderas;  
y casi no hay virtud en ambos sexos  
que de orgullo o vergüenza no proceda.

Así nos da natura las virtudes  
que más cercanas son y más conformes  
al vicio predilecto: él las produce.  
¡Cuánto este origen nuestro orgullo humilla!  
Mas la razón al bien siempre endereza  
la mala propensión; y si sus voces  
escuchara Nerón, reinara el monstruo  
como un Tito, delicias de la tierra.  
La impavidez y la fiereza de alma  
que en Catilina se detesta, admira  
en los dos Decios, nos encanta en Curcio.

Y la misma ambición salvó un Estado  
o lo vendió vilmente, y dio mil veces  
libertad o cadenas a su patria.

¿Quién de este caos de vicios y virtudes  
podrá apartar la luz y las tinieblas?  
¿Quién sino Aquel que en el antiguo caos  
ensayó su poder, está en nosotros?

En la naturaleza de las cosas  
los extremos se tocan y producen  
fines iguales, y en el hombre se unen  
para usos que no alcanza, y se confunden  
unos en otros, como en las pinturas  
de un eximio pincel, claros y sombras  
se juntan en unión imperceptible.  
¿Quién podrá, pues, trazar la sutil línea  
do acaba la virtud y empieza el vicio?

Y ¿quién tan necio, que por esto infiera  
que no hay ni vicio ni virtud? Si el blanco  
con el negro color se une y se mezcla  
diversamente, y si de allí resaltan  
colores infinitos, engañando  
con su exterior, ¿dirás del mismo modo  
que no hay blanco, ni negro?... Ve y consulta  
tu propio corazón: él siempre ha sido  
de la moral oráculo seguro,  
y su lenguaje es claro al que consulta  
con ánimo sincero... ¡Ay!, mayor tiempo,  
más fatiga nos cuesta el engañarnos.  
Es en sí el vicio un monstruo tan horrible  
que, para detestarlo, basta verse.

Mas por grados su horror sabe ir perdiendo:  
ya se hace familiar, lo consentimos  
por gracia, por piedad, y al fin nos manda.  
Mas nunca convenimos sobre el punto  
donde el extremo de algún vicio yace.  
Nunca jamás lo hallamos en nosotros:  
siempre está más allá o en el vecino.  
Así si aquí pregunto dó el sur mora,  
responderán que en Lima; allá, que en Chile,  
y en el Chile dirán, que en Patagonia;  
¿y allí?, quién sabe dónde... Aun los que viven  
bajo una misma zona se acostumbran

al rigor de su cielo, y se imaginan  
que otro cielo será más riguroso...  
La que un buen natural huye y detesta  
como inhumana y torpe acción, la misma  
por un genio más áspero y agreste  
es tenuta por justa y generosa.

Todo hombre es bueno o malo; aquí no hay medio,  
mas en un grado extremo, nadie o pocos.  
El loco y el malvado sus accesos  
lúcidos de razón y virtud tienen;  
y también por accesos hace el sabio  
lo mismo que reprueba en su doctrina.

El bien o el mal hacemos sólo en parte:  
y el amor propio toda acción dirige  
de vicio o de virtud. Cada uno tiene  
un fin, su propio bien; y tantos fines  
diversos el Eterno subordina,  
a su único gran fin, el bien del todo.

Él hace que a este fin supremo sirvan  
la necedad humana y las pasiones;  
las torres del orgullo Él desbarata,  
y los planes del vicio desconcierta.  
Una feliz flaqueza en cada clase  
con arte distribuye: a las doncellas  
da pudor, y altivez a las matronas,  
temor al estadista, a los guerreros  
temeridad, al juez encogimiento,  
fiereza al rey, credulidad al pueblo;  
aun de la vanidad que no conoce  
otro fin, otro bien que su alabanza,  
hace nacer virtudes muy laudables;  
y en fin, nuestros defectos, nuestras mismas  
necesidades labran la ventura,  
la paz y gloria del linaje humano.

No puede ser feliz el hombre solo,  
ni solo vivir puede. El cielo quiso  
que en todo dependiesen unos de otros:  
de aquí las varias relaciones nacen  
sin las que nadie subsistir pudiera.  
Padres, amos, domésticos, amigos,  
cada uno es débil, mas si se unen, todos

son fuertes y felices. Este lazo  
la sociedad conserva; en ella siempre  
cada cual su interés propio buscando  
del interés común estrecha el nudo.  
Nuestra debilidad, nuestras pasiones  
la mutua dependencia hacen tan grata  
como ella es necesaria; ella produce  
el amor tierno, la amistad sincera  
y este encanto secreto que nos hace  
la vida siempre amable; y nos enseña  
a resignar, si ya la edad declina,  
los gustos, los amores y afecciones  
tan dulces otro tiempo. Así aprendemos  
ya por razón o ya por decadencia  
de nuestro ser, a no temer la muerte,  
a saludarla cuando ya se acerca  
y a pagar ledos el fatal tributo.

Por este medio prodigioso el hombre  
no sólo llena el plan, sino lo llena  
por elección y con placer. Por esto  
en cualquiera pasión que le atormente  
de saber, de placer, gloria o riqueza,  
nadie su condición cambia con otro.  
Se cree feliz el sabio con su ciencia,  
y el ignorante, porque no sospecha  
que haya más que saber de lo que él sabe;  
es el rico feliz con su tesoro,  
y el pobre, contemplándose el objeto  
sobre quien vela más la Providencia;  
alegre canta el ciego; el mudo danza;  
el fatuo un rey, un héroe se imagina;  
muere el químico de hambre y es dichoso  
sobre manera en sus delirios de oro;  
y nadie es tan feliz como el poeta  
de estériles laureles coronado.

Es un don celestial este contento  
que en toda situación siente todo hombre.  
Un amigo común es este orgullo  
que nunca falta a nadie. Las pasiones  
propias de cada edad nos estimulan  
en las épocas varias de la vida;  
y la esperanza, en fin, que nos alienta  
vive en nosotros, con nosotros muere.

Hasta este punto cierto, inevitable,  
la opinión, dulce error de los humanos,  
con sus cambiantes rayos embellece  
las nubes de la vida... Es compensada  
la falta de razón con el orgullo,  
y la falta de un bien, con la esperanza...  
¡Orgullo y esperanza! Si en la copa  
de la locura el gozo bulle y ríe,  
y cual su espuma se disipa luego;  
si la razón alguna ilusión grata  
con su luz disipare, otra renace,  
y otras después cual olas se suceden.

En los bienes y males, caro amigo,  
la bondad de natura reconoce.  
Miseria, error, pasión, nada es inútil,  
la misma vanidad no es un don vano;  
y ¡oh!, ¡cuántas veces aun el amor propio  
que poco generoso, de tus solas  
necesidades afanoso cuida,  
por una fuerza superior te lleva  
a contemplar y consolar las de otro!  
Conoce, en fin, tu ser y tu destino,  
y abraza esa virtud consoladora,  
que aunque es el hombre miserable y necio,  
el Ser que lo conserva es bueno y sabio.

### EPÍSTOLA TERCERA

Dios por diversas y constantes leyes  
llena el fin que creando se propuso.  
Fíjate, amigo, en este pensamiento,  
ya en la embriaguez que nos infunden siempre  
la robusta salud, el vano orgullo,  
y la insolencia del poder y el oro,  
ya si lecciones damos a los hombres,  
o si votos al cielo dirigimos.

Contempla el mundo, observa la cadena  
de amor que une entre sí todos los seres.  
Siempre fecunda fórmalos natura;  
y apenas sueltos de sus manos, corren,  
se buscan, se aman, se unen... La materia  
bajo diversas formas animada

tiende a un centro común, obedeciendo  
esta ley general, el bien del todo.

No hay un ser, no hay un átomo siquiera  
que exista solo. De las plantas vive  
el animal, y del despojo de éste,  
vense nacer y vegetar las plantas.  
Nada dura, también nada perece.  
Las formas pasan y suceden nuevas,  
nacen para morir los seres todos;  
mas para renacer, mueren, cual pompas  
infladas de aire, que del mar inquieto  
se alzan, se rompen y a la mar retornan.

Un alma eterna que doquier existe,  
que lo dispone y lo conserva todo,  
enlaza todo ser; el fuerte al débil,  
el mayor al menor. El bruto al hombre,  
el hombre sirve al bruto... La cadena  
jamás se quiebra, ¿pero dónde acaba?

¿Piensas que cuando Dios formaba su obra  
tú solo estabas en su excelsa idea,  
y que salió de su reposo eterno  
sólo por darte ser, placer, sustento?  
¿Sólo por ti? ¡Insensato! Quien prepara  
para tu mesa el recental gracioso,  
antes pasto le da fácil y grato,  
y para él los collados reverdecen.  
¿Será por ti que el ruiseñor doliente  
llena el bosque de trinos melodiosos?  
No. Es amor quien enciende sus pupilas,  
placer quien hace trémulas sus alas;  
él sus amores y placeres canta.

El fogoso bridón que en pompas riges,  
parte la gloria y el placer contigo;  
los pájaros del cielo las primicias  
recogen de los frutos que tú siembras;  
de las doradas mieses de tu campo  
cobra el buey su salario merecido;  
y aun el cerdo que ni ara, ni obedece  
jamás tu voz, de ti servido vive,  
de ti que rey te jactas de la tierra.

Cual tierna madre a todo ser natura

dispensa su bondad. La piel que abriga  
los reyes, antes abrigó a los osos.  
Y cuando tú, hombre, exclames: «¡todo es mío!»,  
«Mío es el hombre», te repone el ánsar  
viendo el afán que pones en servirle  
y en regalarle siempre; él en su esfera  
no raciocina mal, porque no alcanza  
que si le sirves, es por devorarlo.  
Mas así como el ánsar, yerra el hombre  
con toda su razón, si cree que el mundo  
es formado para él, no él para el mundo.

Mas esta ley del fuerte sobre el débil,  
y este don de pensar ¿no dan al hombre  
su derecho al imperio? Bien, permito  
que él rija el mundo y su tirano sea.  
Mas Natura somete ese tirano  
a los seres que él dice que domina:  
él los cuida y defiende. ¿Quién vio nunca  
el lobo perdonar a los corderos,  
movido de piedad por su inocencia?,  
¿o el halcón que se lanza de las nubes,  
perdonar la paloma, por los bellos  
matices de su cuello?, ¿o el milano  
dejar en paz al ruiseñor, que suele  
turbar con su querella melodiosa  
por las noches el bosque silencioso?

Sólo el hombre de todos cuida, sea  
por placer o interés, y las más veces  
por fasto y vanidad; él da sus bosques  
a las aves, sus prados a las bestias,  
sus estanques al pez, y aun vemos que alza  
a las fieras palacios y jardines;  
todos viven por él, y su regalo  
es efecto del lujo de su dueño,  
el cual del hambre y de otras garras libra  
todos esos cautivos tan cuidados,  
que a su gula exquisita se reservan.

Ellos contentos hasta el plazo viven;  
y como heridos de improviso rayo,  
sin prever, sin sentir la muerte, mueren;  
mas vivieron al fin. También los hombres  
servidos y sirviendo, hasta su plazo  
gozan como ellos, y como ellos mueren.

Sólo al irracional el cielo niega  
la previsión inútil de su muerte.  
Al hombre se la dio, pero de modo  
que poniéndole siempre en perspectiva  
un porvenir feliz, le da un objeto  
de esperanza en el término temido.  
La hora es oculta; sin cesar se avanza,  
mas nunca recelamos que está cerca.  
¡Oh portento continuo! Bondadoso  
esta grata ilusión concede el cielo  
sólo a los seres que prevén y piensan.

Pero todos, estén o no dotados  
de instinto o de razón, todos reciben  
las dotes propias de su ser, y pueden  
buscar y hallar el bien que les conviene.  
Los que en su instinto tienen una regla  
que nunca los engaña ¿necesitan  
para vivir de cánones o bulas?  
¿Cuál preferir? Altiya de sus dotes  
no sirve la razón sino por fuerza,  
sólo llamada viene, y aun llamada  
viene si quiere, mientras el instinto  
cual oficioso amigo, siempre asiste,  
no abandona jamás, presto y derecho  
va a la felicidad sin engañarle.

La razón inconstante, perezosa,  
libre para extraviarse, se extravía,  
pasa el blanco, o no llega, y no se afana.  
Si el bien se ve de lejos, el instinto  
vuela a su objeto; la razón se arrastra:  
en aquél uno solo es el principio  
que impele a obrar y que compara; en ésta  
los principios son dos, que separados,  
y acordes rara vez, fuente perpetua  
son de engaño y error entre los hombres.

Alza, pues, la razón sobre el instinto  
cuanto quieras; mas piensa que dirige  
Dios al instinto, a la razón el hombre.

A las tribus que el mar y el campo pueblan,  
¿quién buscar les enseña su alimento,  
huyendo del nocivo y ponzoñoso?,

¿quién les hace prever la alta marea?,  
¿quién la borrasca, y para defenderse  
edificios formar sobre las aguas,  
o bóvedas alzar bajo la arena?  
¿Quién enseña a la araña artificiosa  
a tirar y cruzar, aun más seguro  
que el geómetra mejor, sus paralelas  
sin regla ni compás?, ¿y a las cigüeñas,  
imitando a Colón, buscar osadas  
mundos ignotos en extraños cielos?,  
¿quién las reúne?, ¿quién señala el día  
de la partida, el término del viaje?,  
¿quién dirige en los aires la colonia?

Dios puso en cada ser el germen propio  
de la felicidad que le conviene;  
mas como Él hizo un todo, que debía  
ser felice también, su fin llenando,  
dispuso en su saber que de las mutuas  
necesidades de los seres todos,  
la universal felicidad naciera.  
Este orden simple, eterno, el universo  
conserva, en gratos nudos enlazando  
cada ser a otro ser, el hombre al hombre.

Cuanto bajo del sol vivificante  
en el aire y la tierra y mar se mueve,  
goza de una común naturaleza,  
y un calor mutuo, un alma siempre activa  
por todos difundiendo igualmente  
los anima y conserva y perpetúa,  
sus gérmenes geniales fecundando.  
Así el hombre, y así los otros seres  
que los bosques, la mar y el aire pueblan,  
todos se aman y se aman en los otros;  
pues cada sexo un mutuo ardor sintiendo,  
se buscan, se requiebran, no se aquietan,  
hasta que con dulcísimo transporte  
ambos seres en uno se confunden.  
No aquí cesa el placer, no el amor cesa;  
que al verse ya reproducidos, se aman  
tercera vez en su naciente prole;  
ambos la cuidan: la amorosa madre  
la nutre, el fuerte padre la defiende;  
la ensayan a volar, y cuando diestra  
tendiendo el vuelo desampara el nido,

cesa el instinto y el amor paterno.  
Entonces ya los padres la abandonan,  
y libres buscan en distinta selva  
nuevo amor, nueva raza en nuevo nido.

Más débil, más inhábil en su infancia  
mayor cuidado necesita el hombre;  
y este mayor cuidado, entre hijos, padres  
los lazos forma, que después confirma  
el tiempo y la razón; el amor mutuo  
con el grato interés de amarse, crece.  
Elegimos, amamos, se transforman  
nuestras mismas pasiones en virtudes.  
Comunes males, mutuos beneficios,  
benevolencia y gratitud engendran;  
a una generación otra sucede;  
y el amor natural, o el de costumbre  
las conservan y enlazan; así el niño  
cuando llega a ser hombre, mira al padre  
exhausto con la edad, y la memoria  
de su niñez, la previsión funesta  
de la vejez, a socorrer le excitan  
al desvalido autor de su existencia.  
Así la gratitud y la esperanza  
el interés recíproco sostienen  
y sin cesar la especie regeneran.

No pienses que el mortal ciego y sin freno  
en el estado natural vivía;  
él observó la ley que Dios, por medio  
de la razón y el corazón, dictaba.  
El amor propio y el social nacieron  
con la creación, y enlaza desde entonces  
la dulce ley de unión todos los seres.  
El orgullo, las artes que lo excitan,  
eran desconocidos, hombres, brutos  
erraban sin dañarse ni temerse,  
y en común disfrutaban mesa y lecho,  
que natura doquier les preparaba.  
No sangre ajena derramaba el hombre  
para buscar abrigo y alimento;  
un bosque, donde en himnos no aprendidos  
a su Padre común alaban todos,  
era su templo, y el altar no estaba  
ni ornado en oro, ni teñido en sangre,  
ni de ministros ávidos servido.

El sabio Autor su mundo conservaba:  
regido en equidad fue dado al hombre  
y usar de todo y abusar de nada.

¡Cuánto de esta inocencia primitiva  
el hombre decayó! Pierde por grados  
el horror a la sangre, e insensible  
al clamor general, mata, devora  
la mitad de los seres animados,  
y cruel la especie de ellos destruyendo,  
la suya propia pérfido corrompe;  
la sangre extraña envenenó la suya,  
y quedaron las víctimas vengadas.  
Fiebres, dolores, males ignorados,  
de intemperancia tan feroz nacieron;  
y nacieron pasiones infernales,  
que dieron a los hombres en el hombre  
un enemigo tan atroz como ellas.

En otra edad, necesidades nueva  
s produjeron las artes; el instinto  
dirigió la razón. Naturaleza  
dijo entonces al hombre: «Rey del mundo,  
ve y aprende a vivir de aquellos seres  
que oprimes y desprecias: que las aves  
te señalen los frutos y los granos  
que te nutran, y aprende de los brutos  
la virtud saludable de las plantas;  
a fabricar te enseñará la abeja;  
a hilar, la araña, y a labrar el topo;  
a tejer, el insecto artificioso  
que en hilos de oro su vellón enreda;  
y a dominar las olas, el nautilo  
dando remos al mar y vela al viento.

En el orden moral, también del bruto  
razón y modo de vivir aprende  
y de la sociedad todas las formas:  
aquí verás palacios soterráneos;  
allí ciudades aéreas, populosas,  
suspendidas en árboles. Observa  
de cada pueblo el genio y el gobierno:  
en república viven las hormigas;  
en monarquía labran las abejas;  
aquéllas en común vastos graneros  
forman, llenan, consumen y te ofrecen

el ejemplo, tan raro entre nosotros,  
de independencia y libertad, con orden.

En un diverso estado las abejas  
se afanan sin cesar; admira cómo  
cada cual en su nicho separada  
sin pechos, ni inquietud, bajo un rey vive,  
y de su propiedad goza segura.  
Observa, en fin, que ese orden y esas leyes  
son simples, sabias, invariables siempre  
cual la naturaleza y el destino.  
Mas tu razón con todo su discurso  
no hará más que prender con mayor arte  
en la red de las leyes la justicia;  
lazo que rompe el criminal potente,  
y al inocente desvalido oprime;  
o contra la equidad prevaleciendo  
el rigor del derecho, transformado  
será el sumo derecho en suma injuria.  
Empero, a tu poder, hombre, somete  
todos los seres, todos te obedezcan,  
y las artes sagaz perfeccionando  
que el instinto creó, que te levanten  
como a rey trono, como a dios altares».

Habló Natura, y obedece el hombre:  
dejó los bosques, fabricó ciudades,  
se ayuntó en sociedad, se formó un pueblo;  
cerca de él otro nace, y después ambos  
o por amor o por temor se unieron.  
Aquí en más dulce clima, ricos frutos,  
allí en valles regados de aguas puras,  
más abundosos pastos y rebaños.  
Lo que faltaba a cada cual, y pudo  
arrebatar con armas, permutando  
se le brindó el comercio, y tornó amigo  
el que tal vez como enemigo vino.  
Trato y amor estrechamente unieron  
los hombres entre sí, cuando no había  
más leyes ¡oh Natura!, que las tuyas,  
ni más imperio ¡dulce amor!, que el tuyo.

Así varios estados se formaron,  
y era el nombre de rey desconocido;  
hasta que el bien común, cual ley suprema,  
puso el poder en manos de uno solo.

Obtuvo la virtud el primer cetro,  
y esta misma virtud, que difundiendo  
los bienes de la paz y de la guerra,  
el respeto y amor filial excita,  
hizo del rey un padre de su pueblo.  
Y coronado por Natura entonces  
cada patriarca en su naciente estado  
fue a un tiempo rey y sacerdote y padre,  
y acatado cual otra Providencia,  
fue oráculo su voz, ley su mirada;  
él evocó del surco, sorprendido,  
la nutritiva mies; enseñó el arte  
de usar de todo, y en el mar y el bosque  
prender el pez, domesticar las fieras  
abatir a sus pies la águila altiva,  
frenar las ondas, dominar el fuego;  
feliz, hizo felices, hasta el punto  
en que ya débil y a vejez rendido,  
quien, viviendo, cual dios fue venerado,  
como triste mortal, llorado muere.

De padre a padre remontando entonces,  
el hombre un primer ser halla y le adora;  
o bien por tradición constante, antigua,  
cree que el mundo debió tener principio;  
al Criador de la creación distingue,  
y admite un solo Dios. Y antes que hubiese  
ofuscado el error esta luz pura,  
vio el hombre el mundo, y cual su Autor supremo,  
vio que todo era bueno, y por las sendas  
fue del placer a la virtud seguro.  
Adoró un padre en Dios; sólo amor era  
su fe, su religión, ni otro derecho  
divino conoció que el de Natura;  
nada temió de Dios, que un Ser supremo  
sólo bondad suprema ser podía;  
religión y política marchaban  
de concierto, y un solo fin tuvieron:  
aquella amar a Dios y ésta a los hombres.

¿Quién fue el primero que enseñó a los pueblos  
débiles o vencidos, que han nacido  
para uno todos? Bárbara, execrable  
excepción a las leyes de Natura,  
que envileciendo la creación, en todo  
trastorna el mundo y contrarresta el cielo.

El fuerte dio la ley, y la conquista  
era el derecho. Mas de horror llenando  
superstición el alma del tirano,  
partió luego con él la tiranía;  
medra a la sombra del poder y nombra  
dios al conquistador, al pueblo esclavo;  
ella, atenta a su plan, cuando sentía  
tronar la nube, fulgurar el rayo,  
bramar los montes y temblar la tierra,  
anunció con misterio y amenaza  
deidades invisibles, poderosas  
que implorase el soberbio y ante quienes  
se postrasen los débiles temblando;  
a su mágica voz lanzaron luego  
el cielo dioses y el abismo furias;  
aquí fijó el Elísio, allí el Averno;  
forjó el temor entonces sus demonios  
y la esperanza tímida sus dioses,  
dioses crueles, mudables, vengativos,  
torpemente sensuales, cual formados  
por tiranos, que en ellos no buscaban  
sino ejemplos y cómplices del crimen.  
En vez de caridad, el falso cielo  
armado impera, y el rencor sagrado  
forjó un infierno y el orgullo un cielo;  
la bóveda celeste ya no atrajo  
las plegarias como antes; no se oraba  
sino en templos magníficos; de mármol  
ya fue el altar, y se regaba en sangre.

Empezó el sacerdote a saborearse  
con carne de las víctimas, y presto  
de sangre humana el ídolo salpica;  
y en silencio y terror puso a la tierra  
con el rayo de Dios; y aun de Dios hizo  
un instrumento cruel de sus venganzas  
o un ministro oficioso y complaciente  
de todos sus caprichos y pasiones.

Por estas artes concentrando el hombre  
todo su amor en sí, se procuraba  
riquezas y poder, gloria y placeres;  
mas este amor, que atropellaba ciego  
leyes, derechos, equidad, decoro,  
por dar satisfacción a sus deseos,  
siendo a todos común, al fin produjo

el freno que pudiera reprimirle:  
gobierno y leyes. Pues si alguno quiso  
un bien que los demás también querían,  
la voluntad del uno contra todos  
¿pudo prevalecer? ¿Cómo seguros  
gozar y conservar lo que nos puede  
en medio el sueño y en el claro día  
o sustraer la astucia del más débil,  
o arrebatarse la audacia del más fuerte?

Preciso fue ceder alguna parte  
de libertad y natural derecho,  
para vivir tranquilos, y que todos  
unidos de concierto defendiesen  
su propiedad, la de otros defendiendo.  
Aun los reyes se vieron obligados  
a ser por su interés justos y buenos.  
Fue así que corrigiendo el amor propio  
su impulso natural, depender hizo  
el bien individual del bien de todos.

Entonces felizmente se levanta  
un genio superior y generoso,  
de Dios ministro, amigo de los hombres,  
leal patriota o inspirado vate,  
que la moral sublime de natura  
y su fe primitiva restablece;  
de la luz natural el brillo antiguo  
reanima, mas no enciende una luz nueva;  
de la divinidad sobre la tierra  
si no la imagen, nos mostró la sombra;  
a los pueblos y reyes juntamente  
enseñó sus deberes y derechos  
y a no llevar ni tensas ni muy laxas  
las delicadas riendas del gobierno;  
él proclamó el principio, que no puede  
existir sociedad feliz y libre  
donde no estén los miembros ordenados  
de modo que, oprimido uno, se sienta  
por todos la opresión. De allí provino  
el concierto armonioso de un Estado,  
donde, por la mixtión de los poderes  
y el mismo choque de intereses mutuos,  
es libre el pueblo y el gobierno firme.

Tal es también del mundo la armonía

que nace de la unión y del concierto  
general de las cosas: donde todos,  
grandes, pequeños, débiles y fuertes,  
se unen para ayudarse y defenderse,  
y no para ofenderse ni dañarse;  
donde es más poderoso quien más sirve,  
y más feliz quien hace más felices;  
y donde a un fin, a un centro tienden todos,  
ángeles, hombres, brutos, siervos, reyes.

Que sobre formas de gobierno alterquen  
los necios cuanto quieran. El gobierno  
mejor, es el mejor administrado.

Sobre modos de fe, que el falso celo  
dispute, y se enfurezca disputando.  
Quien no hace mal, quien hace bien al hombre  
la religión profesa verdadera.  
Sobre esperanza y fe todos discuerdan,  
mas sobre caridad nadie contiene,  
que ella es el lazo, el fin, alma y corona  
de la creación, el bien del universo.  
Contrariar este fin, romper este orden,  
ese es error y orgullo; y cuanto influya  
a mejorar y hacer feliz al hombre,  
eso solo es verdad, y de Dios viene.

Vivir no puede el hombre sin apoyo,  
cual generosa vida, que mayor fuerza  
del amor con que abraza a otro recibe.

Sobre sus ejes los planetas ruedan,  
a un mismo tiempo en torno al sol girando;  
así el hombre también a dos impulsos  
diversos, no discordes, obedece;  
por el uno, en sí mismo se concentra,  
y por el otro sirve al universo.  
Así concatenó todas las partes  
de su obra Dios, y quiso que uno mismo  
fuese el amor social y el amor propio.

A SU ESPOSA

Señora doña Rosa Icaza

Ya se acerca, amor mío,  
¡ay!, palomita mía,  
ya se acerca ¡ay!, el día  
que nos va a dividir.  
Sólo tristes memorias  
y recuerdos fatales...  
de amor todos los males  
me quedan que sufrir.

Como tórtola viuda  
que triste a cada hora  
gime, suspira y llora  
por su perdido amor,  
así yo inconsolable,  
ausente de mi amada,  
tendré siempre clavada  
la espada del dolor.

Mi corazón de pena  
dentro del pecho muere...  
mas la Patria lo quiere,  
y es fuerza obedecer...  
Pide a Dios, vida mía,  
con ruegos incesantes  
que me traiga cuanto antes  
al nido del placer.

Con mil dulces razones  
el amor me detiene...  
y el deber me previene  
lo que es forzoso hacer.  
¿Qué haré, pues, amor mío,  
siendo en este momento  
igualmente violento  
mi amor y mi deber?

Pues bien, cumplir con ambos,  
es duro y buen consejo,  
y aunque de ti me alejo,  
contigo quedaré;  
así con ambos cumplo,  
dando en serena calma,  
al amor toda mi alma,  
y el cuerpo a mi deber.

Yo parto, ¡oh, qué tormento!,

¡oh, qué terrible ausencia!,  
dame, oh Dios, resistencia  
para tan gran dolor.  
Yo parto, y conjurados  
veré a cada momento  
contra mí al mar, al viento,  
la ausencia y el amor.

Y tú, hechizo de mi alma,  
mi único amor, mi vida,  
después de mi partida,  
¿te acordarás de mí?  
Yo, de noche y de día  
siempre estaré pensando,  
Rosita, en ti pensando,  
pensado sólo en ti.

Cual sombra inseparable  
mi amante pensamiento  
siempre, a todo momento,  
estará junto a ti.  
Así, pues, siempre, siempre,  
aunque me creas distante,  
podrás decir: mi amante  
delante está de mí.

Recogeré el aliento  
que tu boca respira...  
Mi cuerpo se retira,  
pero mi alma jamás.  
Sabré tus pensamientos,  
y oiré tus palabras;  
cuando tus labios abras,  
los míos encontrarás.

No temas, amor mío,  
mi palomita amada,  
que haya en el mundo nada  
que me haga vacilar,  
pues vivir en tu pecho,  
que es mi único deseo,  
vale más que un empleo,  
vale más que reinar.

Yo veré mil bellezas,  
mas con ojo tan frío,

que nunca al pecho mío  
llegará su impresión;  
porque tus ojos solos  
con un arte divino  
conocen el camino  
que va a mi corazón.

No tendré allá, aunque quiera,  
ningún afecto nuevo,  
pues conmigo no llevo  
ni alma, ni corazón:  
que el corazón y el alma  
que antes tenía conmigo,  
se quedan ya contigo,  
como en dulce prisión.

Sin ti ¿qué haré, mi vida?  
Siempre ¡ay!, como demente,  
cual si fueras presente,  
clamaré con fervor:

«Ven, palomita mía,  
ven al caliente nido,  
que aquí en mi pecho herido  
te ha formado el amor.

Ven, mi única esperanza,  
mi único pensamiento,  
ven, mi único contento,  
ven, mi única pasión.»  
Y al ver que no me oyes  
ni que estás a mi lado,  
seré más desgraciado  
por mi dulce ilusión.

Otras veces teniendo  
tu retrato delante,  
cual frenético amante,  
mil cariños le haré;  
crearé que con mi fuego  
tus labios animados  
me vuelven duplicados  
los besos que te dé.

Otras veces más necio,  
como el que algo ha perdido,

a todos distraído,  
por ti preguntaré:  
«¿Dónde está mi paloma,  
causa de mis placeres?  
Si no la conocieres,  
las señas te daré.

Es... lo que yo no puedo,  
ni nadie explicar puede...  
la que a todos excede,  
es la rosa de abril;  
es la rosa que espera  
en su botón gracioso  
un calor amoroso  
para empezarse a abrir.»

Mas, ¿cuál es mi delirio?  
¡Ay de mí!, en mi tardanza  
ni el bien de la esperanza  
me podrá consolar...  
Cree, mi alma, que es un pecho  
muy tierno y amoroso  
donde el amor hermoso  
te ha erigido un altar.

Piensa que por ti vivo,  
piensa que sin ti muero,  
que eres mi amor primero  
y mi último serás.  
Adiós... ¡ay!, no te olvides  
que eres objeto eterno  
de este amor dulce y tierno,  
de este amor inmortal.

Piensa que de ti ausente  
no es vida la que vivo,  
y que siempre recibo  
aumento en mi dolor.  
Piensa que esta gran pena,  
piensa que este tormento  
aun me quita el aliento  
para decirte... adiós.

AL GENERAL FLORES

(vencedor de Miñarica)

Cual águila inexperta, que impelida  
del regio instinto de su stirpe clara,  
emprende el precoz vuelo  
en atrevido ensayo,  
y elevándose ufana, envanecida,  
sobre las nubes que atormenta el rayo,  
no en el peligro de su ardor repara,  
y a su ambicioso anhelo  
estrecha viene la mitad del cielo;  
mas de improviso, deslumbrada, ciega,  
sin saber dónde va, pierde el aliento  
y a la merced del viento  
ya su destino y su salud entrega,  
o por su solo peso descendiendo  
se encuentra por acaso  
en medio de su selva conocida,  
y allí la luz huyendo, se guarece,  
y de fatiga y de pavor vencida,  
renunciando al imperio, desfallece:  
así mi Musa un día  
sintió la tierra huir bajo su planta,  
y osó escalar los cielos, no teniendo  
más genio que amor patrio y osadía:  
en la región etérea se declara  
grande sacerdotisa de los Incas;  
abre el templo del Sol, flores y ofrendas  
esparce sobre el ara,  
ciñe la estola espléndida y la tiara;  
inquieta, atormentada  
de un dios que dentro el pecho no le cabe,  
profiere en alta voz lo que no sabe,  
por ciega inspiración; tiemblan los reyes  
escuchando el oráculo tremendo;  
revelaciones, leyes  
dicta al pueblo, describe las batallas,  
de la patria predice la victoria  
y la aplaude en seráficos cantares;  
de los Incas deifica la memoria,  
y a sus manes sagrados  
si tumba les faltó, levanta altares;

mas cuando ya su triunfo absorta canta,  
atrás la vista torna,  
mide el abismo que salvó, y se espanta,

tiembla, deja caer el refulgente  
sacro diadema que sus sienes orna,  
y flaco el pecho, el ánimo doliente,  
cual si volviera de un delirio, siente,  
y de la santa agitación rendida,  
queda en lento deliquio adormecida...

En vano el bronce fratricida truena  
y de las armas rompe el estallido,  
y al recrujir el carro de la guerra,  
se siente en torno retemblar la tierra;

y el atroz silbo de rabiosas sierpes  
que la Discordia enreda a su melena  
en sed mortal los pechos enfurece,  
y de la antigua silla de los Incas  
hasta do bate el mar los altos muros  
de la noble heredera de Cartago,  
todo es horror y confusión y estrago;

en vano ¡oh Dios!, del medio  
de las olas civiles, con sorpresa,  
joven, graciosa, de esperanzas llena  
una nueva República aparece;  
cual la diosa de amor y de belleza  
coronada de rosas y azahares,  
con que el ambiente plácido perfuma,  
surgió sobre la hirviente y alba espuma  
del mar nacida a serenar los mares;  
y en vano sobre el margen populoso  
del rico Tames y bullente Rima,  
en verso numeroso  
canoras voces se alzan despertando  
la Musa de Junín... que el sacro fuego  
de inspiración cesó, lánguido expira,  
y el canto silencioso  
duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el genio muere, y con su aliento  
la tierra, el firmamento,  
el mármol y cadáveres anima.

¡Ya está dentro de mí! Veloces vientos,  
anunciad a las gentes  
un nuevo canto de victoria. Dadme  
laurel y palmas y alas esplendentes,

volvedme el estro santo,  
que ya en el seno siento hervir el canto.

¿Adónde huyendo del paterno techo  
corre la juventud precipitada?  
En sus ojos furor, rabia en su pecho,  
y en su mano blandiendo ensangrentada  
un tizón infernal; cual civil Parca  
ciega discurre, tala, y sus horrendas  
huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes y patria y libertad proclaman...  
y oro, sangre, poder... ¡ésas sus leyes,  
ésa es la libertad, de que se llaman  
ínclitos vengadores!...

Y en los enormes montes interpuestos  
y en el soberbio inexpugnable alcázar,  
que de lejos ostenta  
la Reina del Pacífico opulenta,  
la insolente esperanza  
ponen de triunfo cierto y de venganza.  
Corren al triunfo cierto... y un abismo  
se abrió bajo sus pies... que los horrores  
de tanta sedición, los alaridos  
que entre las ruinas salen, los clamores  
de tantos pueblos íntegros y fieles,  
el Rayo concitaron que dormía  
allá en el seno de su nube umbría.

Ése es el adalid a quien dio el cielo  
valor, consejo, previsión y audacia:  
al arduo empeño, a la mayor desgracia  
le sobra el corazón; todo le cede:  
sirve a su voz la suerte, ante su genio  
el peligro espantado retrocede.

¡Flores!, los pueblos claman, y los montes  
que la escena magnífica decoran.  
¡Flores!, repiten sin cesar. Los ecos  
ávidos unos a otros se devoran  
y en inquietud perpetua se suceden  
como olas de la mar; sordos aterran  
la turba pertinaz, que espavorida  
huye, y no sabe dónde que doquiera  
los ecos la persiguen, y doquiera

el espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina  
enluta el cielo, cuando el sol declina,  
se afanan los pastores recogiendo  
el rebaño que padece descuido;  
mas de improviso estalla un trueno horrendo,  
el tímido ganado  
se aturde, se dispersa, desoyendo  
del fiel mastín inútiles clamores,  
se pierde en precipicios espantosos  
que más lo apartan del redil querido,  
y entre tantos horrores  
vagan, tiemblan, caen confundidos  
ganados y mastines y pastores.

Oyó la voz doliente de la Patria  
su siempre fiel guerrero,  
y desnudando el invencible acero,  
se avanza; y los valientes capitanes  
en cien lides gloriosos lo rodean,  
y dar paz a la patria o morir firmes  
sobre la cruz de sus espadas juran...

Él habla, y a su acento  
todo en torno es acción y movimiento:  
armas, tormentos bélicos, y cuanto  
elemento de guerra y de victoria  
da el suelo, forma el arte, el genio crea,  
se apresta, o aparece por encanto;  
gime el yunque, la fragua centellea,  
brota naves el mar, tropas la tierra...  
Aquí y allí la juventud se adiestra  
a la terrible y desigual palestra...  
Y el caballo impaciente  
de freno y de reposo,  
se indigna, escarba el suelo polvoroso;  
impávido, insolente  
demanda la señal, bufa, amenaza,  
tiemblan sus miembros, su ojo reverbera,  
enarca la cerviz, la alza arrogante  
de prominente oreja coronada,  
y, al viento derramada  
la crin luciente de su cuello enhiesto,  
ufano da en fantástica carrera  
mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afán, agitación, tumulto  
reina en el bando opuesto:  
armas les da el furor; la ambición ciega  
constancia, obstinación. ¡Cuán impotente  
dio voces la razón!... Y en vano el cielo  
los aterra con signos portentosos:  
nocturnas sombras vagan por el suelo  
exhalando alaridos lastimosos;  
rayos sanguíneos las tinieblas aran  
en pálido fulgor, y por la noche  
sones terribles de uno al otro extremo  
de la espantosa bóveda se oyeron;  
se hiende el monte, el huracán estalla,  
y es todo el aire un campo de batalla;  
y en medio de la pompa más solemne  
las imágenes santas derribadas,  
¡qué horror! del alto pedestal cayeron  
del incienso sacrílego indignadas.

¿Veis allá lejos ominosa nube  
ondeando en polvo de revuelta arena,  
que densa se derrama y lenta sube?...  
allí está Miñarica. La Discordia  
allí sus haces crédulas ordena:  
las convoca, las cuenta, las inflama...  
las inflama... después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro, y cuando alzada  
sobre la hostil cerviz resplandecía  
su espada, reconoce sus hermanos;  
lejos de sí la arroja, y les ofrece  
el seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la facción, se enorgullece;  
razón, ruego, amistad y paz desdeña;  
triunfa al verse rogada,  
y en ilusión y en arrogancia crece;  
que rara vez clemencia generosa  
el monstruo del furor civil domeña,  
y aun más los viles pechos escandece.

Tornó el héroe a relumbrar la espada,  
y ésta fue la señal. Los combatientes  
con firme paso y exultantes frentes

se acometen, se mezclan... De una parte  
el número y el ímpetu... de la otra  
arte, valor, serenidad; doquiera  
furor y sangre... y a las armas sangre,  
aun más infame que el orín, empaña;  
y los pendones patrios encontrados  
rotos y en sangre flotan empapados;  
cristados yelmos, miembros palpitantes  
erizan la campaña...  
y los troncos humanos  
se revuelcan, amagan,  
e impotentes de herir, siquiera insultan,  
mientras los restos de vital aliento  
entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos  
se encuentran, se conocen... y se abrazan...  
con el abrazo de furente saña.

Ni tregua, ni piedad... ¿Quién me retira  
de esta escena de horror? ¡Rompe tu lira,  
doliente Musa mía, y antes deja  
por siempre sepultada en noche oscura  
tanta guerra civil! ¡Oh!, tú no seas  
quien a la edad futura  
quiera en durable verso revelarla:  
que si mengua o escándalo resulta,  
honra más la verdad quien más la oculta...

Como rayo entre nube tormentosa  
serpea fulminando, y veloz huye,  
vuelve a brillar, la tempestad disipa  
y su esplendor al cielo restituye;  
así la espada del invicto Flores  
por entre los espesos escuadrones  
va sin ley cierta, brilla... y desaparecen.

A los unos aterra su presencia,  
otros piedad clamando, se rindieron,  
y a los que fuertes para huir, huyeron  
los alcanzó en su fuga la clemencia.

¡Salud, oh claro Vencedor!, ¡oh firme  
brazo, columna y gloria de la patria!  
Por ti la asolación, por ti el estruendo  
bélico cesa, y la inspirada Musa

despertó dando arrebatado canto;  
por ti la Patria el merecido llanto  
templa al mirar el hecatombe horrendo  
que es precio de la paz; por ti recobran  
su paz los pueblos y su prez las artes,  
la alma Temis su santo ministerio,  
su antiguo honor los patrios estandartes,  
la ley su cetro, libertad su imperio,  
y las sombras de Guachi desoladas  
de su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,  
que pasa el Vencedor; a nuestras playas  
dirige el paso victorioso, en tanto  
que el himno sacro la amistad entona,  
y fausta la Victoria le destina  
triunfales pompas en su caro Guayas  
y en este canto espléndida corona.

## UN SUEÑO

(Canción)

Visitome el amor esta noche  
con un dulce, gratísimo sueño:  
yo soñé que a mi angélico dueño  
de este modo empezábale a hablar:  
Saber puedes las veces que te amo  
si las luces contares del cielo,  
y las hojas que cubren el suelo,  
y las olas que baten la mar...

Ella me oye, y gustosa y afable  
corre a mí con el seno entreabierto...  
Mas ¡ay triste!, que al punto despierto,  
y era sombra lo que iba a abrazar.  
Loco, ciego, impaciente, furioso,  
salto luego del lecho gritando:  
¡Duro amor!, ¡duro amor!, ¿hasta cuándo,  
hasta cuándo me quieres burlar?

## ORACIÓN DE LA INFANCIA

Señor, tu nombre santo  
celebra la voz mía  
en armonioso canto,  
cuando brilla la luz del nuevo día.

Tú mandaste a tu sol que disipara  
las sombras de la noche, y obediente  
por la inflamada esfera  
emprende su magnífica carrera.

Vida, belleza, acción, todos los seres  
recobran ya; la tierra se engalana  
de flores, y presenta  
una nueva creación cada mañana.

Señor, tu nombre santo  
celebra la voz mía  
en armonioso canto,  
cuando brilla la luz del nuevo día.

El sol llena los cielos,  
y del trono gobierna  
los astros que su marcha  
siguen cumpliendo con su ley eterna.

Así también, oh Dios, pues el Sol eres  
verdadero del mundo, ocupa, enciende  
todos los corazones,  
y dirige a tu ley nuestras acciones.

Si te es grata la voz de la inocencia,  
escúchanos, Señor, bajo tus alas  
pon a los que te adoran  
y tu luz, tu piedad, tu gracia imploran.

Señor, tu nombre santo  
celebra la voz mía  
en armonioso canto,  
cuando brilla la luz del nuevo día.

## HIMNO PARA LA NOCHE

(Por un joven ausente por su culpa de la casa paterna)

Admite, oh Dios, oh Padre,  
los votos y las gracias  
que mi labio te ofrece  
cuando el sol, que es tu imagen, se obscurece.

¡Oh, cuántos beneficios  
tu diestra ha derramado  
mientras tu hermoso día  
por el alto cenit resplandecía!

Con tu luz, recibieron  
tus mares y tus cielos  
y tu tierra florida  
y todo tu universo, acción y vida.

Entre tanto tu noche  
creciendo va, y al mundo  
le roba con presteza  
su grata animación y su belleza.

Mas justo es que otros pueblos,  
pues todos son tus hijos,  
gocen de iguales bienes  
que a sus hermanos por acá previenes.

Haz, pues, tengan reposo  
los miembros fatigados,  
y a nuestra fantasía  
sueños tranquilos solamente envía.

Y pueda, yo, siquiera  
ser feliz entre sueños,  
viendo, en imagen clara,  
mi dulce patria y mi familia cara.

Abrace a mis hermanos  
y a mi padre... Y mi madre  
mil caricias me diga,  
me perdone mi culpa y me bendiga.

Que yo, reconocido,  
te cantaré, a la aurora,  
cuando muera en oriente  
su luz vital y su rosada frente.

Y mezclaré mis voces

al trinar de tus aves,  
que saludan al día  
con deliciosa y plácida armonía.

## HIMNO AL NUEVE DE OCTUBRE

### *Coro*

Ven, oh plácida aurora  
del *octubre* glorioso,  
ven, dulce precursora  
de luz y libertad,  
ven, anunciando al Ecuador dichoso,  
triunfo en la guerra y en la paz reposo.

Por ser libre, valor y constancia  
en los campos de Marte mostró;  
por guardar ese bien tanpreciado  
muestre siempre constancia y valor.  
Y cual brillan los signos celestes  
en la esfera con vivo esplendor,  
brillará más hermosa en la tierra  
la menor de las hijas del Sol.

Ven, oh plácida aurora...

Cara patria, ya alzaste la frente;  
sacudiendo tu yugo opresor,  
recobraste tus santos derechos,  
cara patria, más cara que el sol.  
Honor, vida, poder ya son nuestros,  
nuestro el cielo que puro miramos,  
nuestro el suelo que hermoso pisamos,  
y sin leyes de ajeno señor.

Ven, oh plácida aurora...

Alma paz, con nosotros habita  
salva, siempre a tu caro Ecuador.  
Y a este suelo *Pacífico* llamen  
con el nombre que a su mar se dio.  
En su seno, con la paz, las artes  
hallarán acogida y favor,  
reflectando las ondas del Guayas

pabellones de todo color.

Ven, oh plácida aurora...

Depongamos, oh pueblos, las armas,  
ya cesó de la guerra el furor,  
conquistemos las artes del mundo  
que es conquista de insigne valor.  
Que resuenen patrióticos himnos  
en potente y armónica voz,  
aclamando estos nombres queridos,  
Leyes, Paz, Libertad, Ecuador.

Ven, oh plácida aurora,  
del *octubre* glorioso,  
ven, dulce precursora  
de luz y libertad,  
ven anunciando al Ecuador dichoso  
triunfo en la guerra y en la paz reposo.

#### EN LA MUERTE DE MI HERMANA

¿Y eres tú Dios? ¿A quién podré quejarme?,  
inebriado en tu gloria y poderío,  
¡ver el dolor que me devora impío  
y la mirada de piedad negarme!

Manda alzar otra vez por consolarme  
la grave losa del sepulcro frío,  
y restituye, oh Dios, al seno mío  
la hermana que has querido arrebatar.

Yo no te la pedí. ¡Qué!, ¿es por ventura  
crear para destruir, placer divino,  
o es de tanta virtud indigno el suelo?,

¿o ya del todo absorto en tu luz pura  
te es menos grato el incesante trino?  
Dime, ¿faltaba este ángel a tu cielo?

A ELIZA

¿No ves cuán pronto por la azul esfera  
el vuelo de las horas se desliza?,  
¿no ves, amable Eliza,  
marchitarse al nacer las tiernas flores  
de la fugaz y alegre primavera?  
Pues ¡ay!, con más presteza  
nacen, desaparecen los amores,  
las gracias de la edad y la belleza.  
Feliz en todas partes  
quien con el grato estudio de las artes  
mezclando las lecciones  
de virtud y piedad, engaña, burla  
del tiempo y de sus hijas estaciones  
la ciega rapidez y la inconstancia.

Así cuando la bella primavera  
pierde su gala y virginal sonrisa  
y se retira triste  
de tu jardín, Eliza,  
huyendo del invierno los enojos,  
al fuego de tu genio y de tus ojos  
con sus vivos colores y fragancia  
bajo de tu pincel nace en tu estancia.

En tu estancia feliz que yo contemplo  
será con tu presencia  
el más hermoso templo  
del gusto, la piedad y la inocencia,  
a cuyo culto y plácidos misterios  
vestal sacerdotisa  
con tu graciosa hermana será Eliza.

## CANCIÓN

Divino encanto,  
si acaso mi llanto  
mueve tu atención,  
cesa en el empeño  
de herir con tu ceño  
al que te hizo dueño  
de su corazón.

Y si te ofendo,

ingrata, diciendo  
mi dolencia atroz,  
moriré fino,  
pues ya me convino  
el dulce destino  
de morir por vos.

Nada dijera  
si callar pudiera  
tan grave dolor.  
Mas nadie sabe  
que siendo tan grave  
en mí ya no cabe  
todo su rigor.

¡Ay!, bella ingrata,  
si tu rigor trata  
de abatir mi amor,  
mi pecho amante  
morirá al instante  
con una constante  
desesperación.

Y si no dejas  
que quepa en mis quejas  
todo tu rigor,  
ingrata bella,  
con dura querella,  
maldigo la estrella  
que a ti me rindió.

## A LAS TRES GRACIAS

(Para el álbum de la señorita Rosa Ortiz de Zevallos, insigne profesora de música, y de sus dos bellas primas)

Rosa, que por modestia delicada,  
en florecer te places rodeada  
del lindo par de Margarita y Pola,  
huyendo la vergüenza  
de ser en gracia y hermosura sola;  
quien pueda resistir el noble encanto,  
Rosa, de tu mirar y de tu canto,  
y en grata calma verte y escucharte,  
ése voces tendrá para alabarte,

mas no el que, absorto, extático, suspira  
en placer inefable, sin que pueda  
decir qué siente, ni decir qué admira.

Si aun hoy, al escucharte, Rosa bella,  
sagrada inspiración mi mente inflama,  
y al brote de la eléctrica centella  
torna a brillar la amortiguada llama,  
¡qué fuera cuando en el hirviente pecho  
latir sentía el corazón estrecho!

Yo te escuché una vez, y todo el día,  
en ilusión dulcísima, creía  
sentir y respirar, y vivir todo  
en un plácido ambiente de armonía.

Y en el silencio de la noche, cuando  
el mentido concierto me desvela,  
un ángel desprendido  
del cielo me deslumbra, y me revela  
que la virgen Cecilia, que allá ordena  
de serafines el ardiente coro,  
absorta cuando te oye, y suspendida,  
los celestiales números olvida,  
de su alto ministerio se distrae,  
y el arpa de oro de sus manos cae.

Y cuando de improviso  
del místico deliquio se levanta,  
nuevas cuerdas aumenta a su instrumento,  
y del Cordero atento  
en nuevas notas nuevos himnos canta.

#### EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA GRIMANESA ALTHAUS

Díceme un dios que dentro el pecho siento,  
que al nacer se me dio fuego divino,  
sólo porque cantara ¡oh Grimanesa!,  
las gracias, la virtud y la belleza.  
Yo cumplí, no sin gloria, mi destino,  
cuando mi corazón y el alma mía  
en vivo amor y juventud ardía.

Y en premio de haber sido

siempre fiel al dulce ministerio,  
el Dios, a cuyo imperio  
se rinden voluntarios,  
la tierra, el cielo, el mar, ha concedido  
su antiguo ardor, su inspiración divina,  
a un genio que fallece oscurecido,  
como el sol que a su ocaso se avecina.

Y he podido cantar como solía...  
Tuyo es este portento, amiga mía.  
¡Qué gloria para mí! Ver que este día  
la más graciosa y bella no rehúsa  
ser la corona de mi anciana musa.

#### AL GENERAL LAMAR

No fue tu gloria el combatir valiente,  
ni el derrotar las huestes castellanas;  
otros también con lanzas inhumanas  
anegaron en sangre el continente.

Gloria fue tuya el levantar la frente  
en el solio sin crimen, las peruanas  
leyes santificar, y en las lejanas  
playas morir proscrito e inocente.

Surjan del sucio polvo héroes de un día,  
y tiemble el mundo a sus feroces hechos:  
pasará al fin su horrenda nombradía.

A la tuya los siglos son estrechos,  
Lamar, porque el poder que te dio el cielo  
sólo sirvió a la tierra de consuelo.